

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N.º 168.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10, en Paris.

SUMARIO.

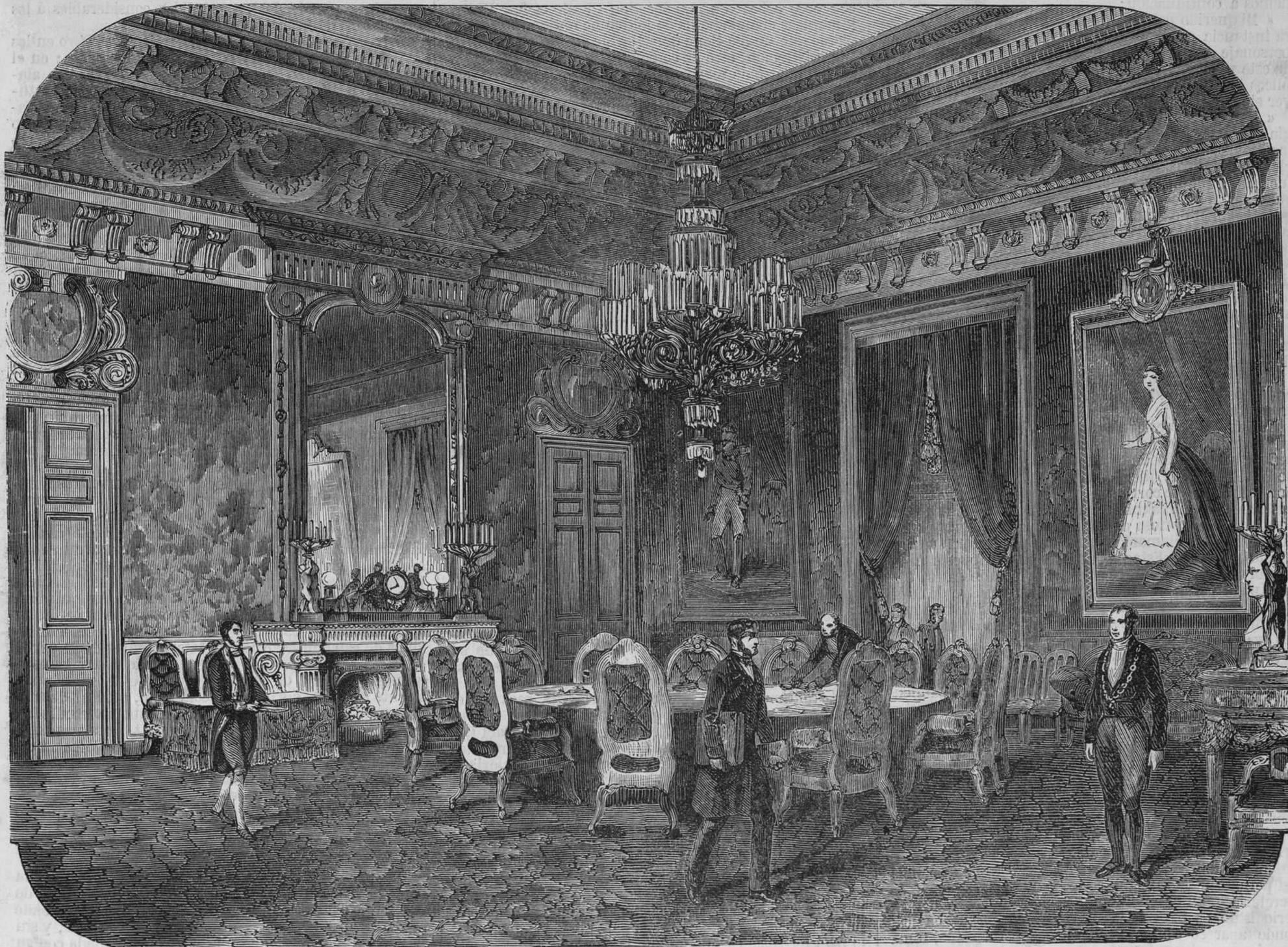
Salon de las conferencias del Congreso; grabado. — La comedia periodística. — Revista de Paris. — Legislatura francesa de 1856; grabados. — Exposicion Universal de Bellas-Artes. — A la primavera. — El galan de noche. — Los bailes. — Las razas de caballos en Francia; grabados. — Valeriano. — La Dobutchka; grabados. — Revista de la

moda. — El baile de la embajada francesa en Constantinopla; grabado.

El lunes 23 de febrero se abrieron las Conferencias de Paris bajo la presidencia del señor conde de Walewski, entre los doce plenipotenciarios cuyos retratos dare-

mos á nuestros suscritores en el número próximo. El salon del ministerio de Negocios Extranjeros en que se reúne el Congreso, cuyo dibujo presentamos aqui está colgado de carmesí, y adornado con dos magnificos retratos del Emperador y de la Emperatriz. Este salon está separado del gabinete del ministro por la sala llamada de los agregados de servicio.

La mesa del Congreso ocupa la mitad del salon de



Salon de las conferencias del Congreso en el ministerio de Negocios extranjeros en Paris.

Embajadores; al rededor hay doce sillones. Hay además otra mesa para el secretario del Congreso, y otra destinada para los plenipotenciarios que quieran escribir aparte. Los doce plenipotenciarios se colocarán á derecha é izquierda del presidente el conde Walewski, según el orden alfabético establecido por los reglamentos del Congreso de Viena.

La comedia periodística.

(Artículo segundo y último.)

El *director* no tiene un momento suyo: ha hecho el sacrificio de su reposo, de su hacienda y de su vida en aras del interés común. Como buen español consagra las primicias de su talento á enconar las grandes cuestiones que traen divididos y á punto de despedazarse cordialmente á sus fogosos compatriotas. ¡Oh! y para conseguirlo no perdona medio alguno, por penoso que sea! No falta un solo día á la sesión de cortes, ni una noche al casino, al café ó la tertulia donde suele reunirse con unos cuantos hombres políticos de su misma cuerda que á sus inexpertos ojos representan la opinión pública.

Muy de madrugada el *director* se instala en la redacción, y mientras fuma un cigarro, pasa la vista por el número de su periódico que en aquellos momentos está repartiéndose á los suscritores. El artículo de fondo es terrible, contundente, y provocará una crisis en el ministerio, ó una tempestad en el congreso: en él se prueba con la irrefragable lógica de los números que en los presupuestos presentados á la cámara por el ministro de Hacienda pudieran haberse introducido economías por valor de tres napoleones y algunos maravedises. Hasta llega á figurarse que de un minuto á otro va á ser llamado ante el consejo de ministros para desarrollar su portentoso plan financiero, basado en la supresión de toda clase de contribuciones directas é indirectas. ¿Pues y el suelto en que se demuestra que la Guardia Civil debería usar gerra de fuelle en vez de sombrero tricorno?

La lectura de la correspondencia ocupa al *director* por espacio de una ó dos horas y le suministra datos curiosísimos para hacer la guerra á sus adversarios; porque siempre, entre muchas cartas de escasa importancia, ó de importancia negativa, hay algunas como las que ponemos á continuación:

« Mi querido primo: Sabrás como este juez de primera instancia es pariente por parte de su mujer, de un personaje que tenía influencia en la situación derrocada este verano. Dí en tu periódico que los destinos públicos están en manos de los enemigos del gobierno, á ver si puedo alzarme con el juzgado. »

« Muy Sr. mio y de mi mayor consideracion: La energía y el talento con que ese ilustrado periódico defiende las buenas doctrinas, han llamado altamente la atención de nuestros adversarios de acá, los cuales se esfuerzan, aunque en vano, para impedir que aquel tenga en la provincia la acogida que merece. Y siendo así que disponen de grandes recursos (están gordos con el sudor del pueblo) no será extraño que causen algunos perjuicios á esa empresa. Por de pronto, advierto á usted, para que denuncie tan grave escándalo, que el último número de *La Aurora* llegó á mi poder con algunas manchas de tinta. Es indudable que nuestros enemigos quieren á toda costa que no circule ese diario. »

« Mi querido amigo: Estamos en plena reaccion. Bien merecido lo tenemos por no haber fusilado hasta al último de nuestros contrarios. »

« Apenas podrá Vd. creer lo que voy á contarle, que es hoy el asunto de todas las conversaciones en esta heróica capital. »

El domingo se celebró con la debida pompa la inauguración de las cubetas urinarias que el nuevo gobernador civil había mandado colocar en diferentes puntos de la villa, según dije á Vd. en una de mis anteriores. Con tal motivo se corrieron novillos por la tarde, y por la noche dió un magnifico baile el ayuntamiento; pero aquí entra lo curioso del caso, señor *director*, y sobre ello espero que llamará la atención pública en su acreditado periódico. Esta municipalidad, compuesta en su mayor parte de hombres que pasan por liberales, elegida por liberales [y que funciona en nombre de la libertad, hizo poner en las papeletas de convite una nota que decía así: *No se permitirá la entrada á los caballeros que no vayan de frac.*

¿En qué tiempos vivimos? pregunto yo. ¿Hasta cuando han de existir esas diferencias odiosas que condenan al pobre á no asistir á los bailes del ayuntamiento? ¿Valen mas los que visten frac que los que gastan chaqueta? De esto al Santo Oficio y los frailes no hay mas que un paso. Por eso dije al principio que estamos en plena reaccion. »

El *director* lee detenidamente multitud de cartas tan interesantes como las que nos hemos permitido transcribir sin su licencia, y despues llama al *redactor de fondo*.

Este ciudadano no tiene fisonomía propia como hombre público: ayer estaba como en su elemento, en su bufete de abogado, hoy maneja con soltura la péñola del periodista, y mañana será un excelente oficial de secretaria ó un entendido gobernador de provincia. El periodismo es para él un cristal de linterna mágica, donde aparece como punto apenas perceptible, toma poco á poco color y forma, crece, se adelanta, oscila en el vacío, sigue creciendo, y cuando ya no cabe en el

cristal, desaparece para siempre de aquella escena y va á llenar con su nombre un renglon de la *Guía de Forasteros*.

— Amigo mio, le dice el *director*; es necesario que escriba Vd. con hiel y vinagre un artículo sobre la poca protección que el gobierno dispensa á la industria pecuaria. »

— Corriente; buscaré datos para hablar con conocimiento de causa, y luego que terminemos la polémica entablada con...

— No puede demorarse, es cosa de varias personas influyentes en un distrito electoral que ha puesto los ojos en mí. Mañana mismo debemos publicar ese artículo.

— ¡Imposible!

— Hombre, Vd. se apura por nada.

— Porque no gusto de escribir á tontas y á locas.

— ¡Bah! soy capaz de dictar de corrido treinta ó cuarenta cuartillas sobre esa materia. Si no estuviera yo tan ocupado, vería Vd. como llenaba tres columnas en un instante. Empiece Vd. diciendo que en este país no se protege á nadie; que en Inglaterra y los Estados Unidos se otorgan premios á las mujeres que crían chicos robustos y bien formados...

— ¿Pero qué tiene que ver eso con la industria pecuaria?

— Es la introducción. Que los adelantos del siglo y la filosofía alemana han desterrado el imperio de camarillas irresponsables...

— Pero...

— A propósito de esto puede Vd. contar que por influencias de cierta dama — ya sabe Vd. á quien me refiero, — se proveen muchos destinos. — Con que quedamos en que hará Vd. el artículo, ¿eh? Que sea lacónico, grave, concienzudo, y sobre todo que hiera en lo vivo al gobierno.

El *redactor de fondo* entra en su despacho renegando de su mala estrella y de la pícará organización interna de los periódicos españoles, que obliga á un hombre, muy entendido y capaz en determinadas materias, á desbaratar en otras por falta de tiempo, de estudios especiales y de recompensa al trabajo; y enjareta mal y de mala manera unas cuantas cuartillas llenas de vulgaridades y salpicadas de desatinos.

¡Oh público! Tú que á la mañana siguiente te sonries de lástima al leer el periódico; tú que señalas con el dedo las inexactitudes en que ha incurrido el articulista; tú que le motejas de ignorante cuando se expresa con poco acierto en una cuestion que te es familiar, y le admiras cuando habla de lo que no entiendes; ¡si supieras que un día tiene que escribir de derecho, otro de administración, otro de comercio, otro de política internacional, otro de marina! ¡Si supieras que necesita mas talento para ocultar lo que ignora que para exponer lo que sabe! ¡Si supieras que en un trabajo constante y mal retribuido va gastando gota á gota el manantial de su ingenio!...

El *redactor de sueltos* es una de las ruedas mas importantes de la máquina periodística; se ocupa noche y dia en recoger noticias de grueso calibre, ó en inventarlas cuando la calma y el concierto reinan en las regiones de la política. Su importancia se funda en las muchas carteras ministeriales, grandes cruces y destinos de consideración que se han dado á consecuencia de un *suelto* escrito oportunamente.

« Parece que el Sr. N. ocupará la vacante del Sr. H. en la Dirección de Contribuciones. » Léase: « El *redactor de sueltos* desea que el Sr. N. entre en la vacante del Sr. H. » O mas bien: « El Sr. N. quiere ocupar la vacante... »

« Anoche se dijo en los altos círculos... » Debe leerse: « Anoche se dijo en la redacción... » O: « Anoche no se dijo nada... »

La pluma del *redactor de sueltos* es como la ahijada de San Isidro; saca

... Agua de peña
Milagrosa y cristalina.

Porque de veinte años á esta parte el *puff* ha obrado maravillas.

Sucede á las veces que, á trueque de decir un *bon mot*, el *redactor de sueltos* se entra como por su casa en el santuario de la vida privada de algun individuo á quien pretende *inutilizar*. En este caso, si el *redactor de sueltos* es hombre de temple, ventila la cuestion en el terreno en que los caballeros arreglan sus diferencias rompiéndose una pierna ó saltándose un ojo; si no, cede su puesto al *redactor-sable*, que siempre deja airosa á la redacción.

El *redactor-sable* no tiene de periodista mas que el nombre; su pluma es una espada de Toledo, su tintero el pecho de los ofendidos, su papel la pradera del Canal. Allí escribe sus primeras y sus últimas impresiones. No es un perdonavidas, ni un maton asalariado para asustar á los tímidos, no; es un jóven de fina educación, bellas maneras y claro talento, que busca la fortuna por el camino del escándalo, como muchos otros. Va por el mundo tras un duelo, como Jason á la conquista del Vello de Oro, seguro de que el dia que llegue á rozar la epidermis de una persona de campanillas, tiene hecha su suerte. ¡Achaques del siglo XIX! Entónces, mientras los encargados de velar por la integridad de las leyes hacen como que ignoran lo que de público se cuenta, el *lance*, sus peripecias y resultados, el *redactor-sable* es objeto de una verdadera ovación, y se coloca en primera línea entre los hombres de su partido. Sus compañeros de redacción le envidian, porque

de allí en adelante el *redactor-sable* es la encarnación del periódico: adonde quiera que va, va con él la fama de sus grandes hechos. ¡Cuánto no daría el *redactor-tijera* porque chorreasen sangre las heridas que diariamente causa con el instrumento que le da nombre!

¶ Pero el *redactor-tijera* es una paloma sin hiel, y semejante al ejecutor de la justicia humana, pide perdón antes de descuartizar á sus colegas; decapita, ahorca, empala, enrueda, crucifica, da tormento sin cesar y el mundo no pára mientes en él, porque se oculta en la sombra.

El *redactor-tijera* es el Jaime el Barbudo, el Candelas de la prensa; vive de lo ageno contra la voluntad de su dueño, todo está al alcance de su mano, de todo se apodera sin aprension, en toda miés mete su hoz, para todo se cree autorizado, nada le arredra, nada le detiene. Como el mendigo de Espronceda puede decir:

« ¡ Mio es el mundo! como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo. »

Corsario del pensamiento, la afición al robo es ingéñita en él; daría su alma al diablo por apoderarse de la idea que elabora vuestro cerebro, antes que la trasladéis al papel.

¿Habeis oído hablar de lo que hace la zorra para quedar dueña de la madriguera del tejón? La ensucia y el pobre animal que es muy limpio, huye de ella para siempre y labra otra, que á su vez le es igualmente arrebatada. Pues eso mismo hace el *redactor-tijera*; el artículo, el suelto, la gacilla que cae bajo el filo de su arma poderosa, son despues repudiados por el padre que los engendró, porque al pasar de uno á otro periódico pierden la forma y el objeto primitivos.

Hace algunos años publicamos un artículo sobre la adulteración de las bebidas espirituosas, para venir á parar en que debían ser examinadas por peritos las que se pondrían á la venta en la próxima romería del Santo Patron de Madrid. Un *redactor-tijera* nos hizo el honor de dar por suyo nuestro artículo en su diario, pero asegurando al final que los licores estaban adulterados; á otro le pareció poco dura esta palabra y la sustituyó con la de *envenenados*, y un tercero concluyó diciendo que los tribunales de justicia estaban formando la correspondiente causa criminal por el dicho envenenamiento, y que en la cárcel pública había ya dos ó tres docenas de presos, contra los cuales resultaban gravísimos cargos. La *transmigración* de nuestro escrito causó una alarma en Madrid, y pérdidas considerables á los fabricantes de licores.

Perrito de todas bodas, encontraréis al *revistero* en los bailes del Real Alcázar, y en los de Capellanes; en el aristocrático salón del Prado, y en la democrática alameda de la Virgen del Puerto, donde los honrados astures victorean entusiasmados nuestro nombre; en el camarín de Teodora Lamadrid, la joya del primer teatro de la corte, y en el escenario del Génio rodeado de actrices de baja estofa; en la ópera, y en la zarzuela; en los toros y en las carreras de caballos. El *revistero* es una enciclopedia indigesta de conocimientos inútiles: escribe de modas, de geografía, de floricultura, de industria aplicada al buen tono. Sus frases sacramentales son: *la linda señorita de... con la amabilidad que la distingue, la buena sociedad, se sirvió un thé exquisito, la duena de la casa tan bella como siempre, se anuncia la boda del simpático Sr. M. con la hermosa señorita de Q.* En boca del *revistero* la verdad es sospechosa, y las palabras tienen una significación particular: *salon*, significa sala; *asombroso*, mediano; *numerosa concurrencia*, veinte ó treinta personas; *soberbio aderezo*, pendientes de dublé; *podemos asegurar*, mentira al canto, etc. El idioma de nuestros padres le parece pobre, así que tiene un sin número de palabras y locuciones que nadie sino él usa, y que ha importado del extranjero sin pagar derechos de aduana: *soirée, buffet, spleen, d'après nature, bel canto, chocolat dansant, concurrencia* (por *competencia*), *lyon, gentlemen* y otros.

El antiguo cronista y el *gacetillero* de nuestros tiempos son hermanos; aquel escribía la vida de un personaje, de una ciudad, ó de una corporación cualquiera, relatando los sucesos mas insignificantes; este escribe la historia de una generacion, para lo cual arranca sus secretos al hogar doméstico, maneja el lápiz del caricaturista, hace uso de la invención de Daguerre, descende á los calabozos de las cárceles, sube á los palacios, cuenta los suspiros del reo al ser conducido al patíbulo, y toma nota de los perros que mueren por comer morcillas de estrignina. Nuestros tataranietos sabrán por el *gacetillero* el día que nos salieron los dientes, y los adosquines que hay en nuestra calle. Desde su elevado asiento censura, encomia, recomienda, edifica, destruye, castiga, recompensa, rie, llora, canta la virtud, abomina el crimen. En política es un Pitt, en astronomía un Arago, en química un Dumas, en diplomacia un Metternich, en crítica un Larra, en pintura un Madrazo, en arquitectura un Herrera, en sátiras un Boileau, en legislación un Montesquieu, en cosmografía un Humbolt; el *gacetillero* habla de todo por lo mismo que no entiende nada.

Hemos llegado á la última expresión de la familia periodística, el *editor responsable* y el *repartidor*.

El *editor responsable* es un cirineo autorizado por la ley para llevar la cruz y subir al Calvario en lugar de los escritores. Por una retribución miserable responde para los efectos legales de lo que ni siquiera lee, y sin exhalar una queja, como una víctima resignada con su suerte, como un hombre de grandes convicciones políticas, sufre la prision, el destierro y el presidio para

purgar pecados que no son suyos. ¿Qué nombre daremos á este absurdo jurídico? Preguntádselo á un infeliz que en la actualidad está por dos años haciendo nuestras veces en el castillo de las Peñas de San Pedro.

El repartidor se afana y desvela porque se aumente la suscripción del periódico, es decir, porque circule, porque encuentre eco. Y sin embargo, el periódico suele ser republicano y el repartidor carlista, ó viceversa.

CONCLUSION.

« Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal cual es; y no permita Dios que jamás sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera, él mismo se dará á conocer fuera de tiempo. *Stulte nudabit animi conscientiam,* » dice Fedro (1). »

CÁRLOS DE PRAVIA.

Revista de París.

Una joven recién casada y dotada de una hermosura maravillosa se distinguía entre la escogida concurrencia que brillaba en la noche del jueves último en uno de los principales salones parisienses. Todo el mundo sabía su historia, esto es, la historia de su boda divulgada por la prensa alemana y francesa, y lo novelesco de esta aventura singular añadía un aliciente mas á la curiosidad de que la joven era objeto. El lance es el siguiente:

En la parte occidental de los Vosges, en lo alto de una meseta cubierta de monte desde donde abraza la vista un panorama soberbio, se halla situado el dominio de Rosenstein, propiedad hoy de una señora viuda, anciana muy rica que vive allí con su sobrina Lucía y algunos criados. Lucía, que toca al cuarto lustro, es huérfana, carece de fortuna y ha sido educada brillantemente por su tía, que la tuvo en un colegio hasta la época en que juzgando que ya podía salir de él, la hizo volver á su lado; desde entonces la joven llenaba cerca de ella las funciones de señorita de compañía.

Aunque aquellos lugares eran deliciosos, y aunque Lucía se procurase en el palacio muchas distracciones campestres, como, verbigracia, el cultivo de las flores, el cuidado de las palomas y los pájaros y otras por el estilo, concluyó por notar que su situación era tanto mas monotonía cuanto que había llegado por fin á esa edad en que las jovencitas piensan en casarse; ahora bien, la buena tía no parecía acordarse de esto, y la joven se persuadía de que permaneciendo en aquella soledad pocos pretendientes á su mano se presentarían.

En una hermosa tarde del último setiembre, en el momento en que acababa de ocultarse el sol por detrás de las cumbres azuladas de los montes, la joven sentada en el patio se complacía en mirar sus palomas que iban volviendo de su excursión acostumbrada, cuando vio que entraba con ellas una paloma forastera que parecía rendida de cansancio. Pero apenas llegó al palomar cuando las de casa sin piedad por la pobre viajera, cayeron todas sobre ella de tal modo que Lucía se apresuró á cogerla para separarla de sus enemigas; mas juzguese cuál no sería su sorpresa cuando examinándola descubrió que traía una cinta medio cubierta por las plumas y ajustada de manera que no la impidiese volar, y luego á cada lado bajo las alas una bolsita de seda.

Habiendo oído hablar de mensajes amorosos transmitidos así entre los amantes, este pensamiento fué el primero que se presentó á la imaginación de la linda solitaria, pero se guardó muy bien de abrir la misiva, y llevó la paloma á una jaula para que descansara hasta el día siguiente. Sin embargo, á la otra mañana cuando fué á dar libertad á la prisionera, la curiosidad triunfó de la discreción, y descubriendo las misteriosas bolsitas descubrió en ellas, ¡triste descubrimiento para una cabeza novelesca! descubrió, decimos, un recibo, una letra de cambio y cuatro billetes de mil francos. Bajo la impresión de semejante desengaño la joven escribió en el recibo estos cuatro versos:

¿Porqué has de servir hoy á la riqueza,
Divina imagen de pureza y gracia,
Tierna paloma, cuando siempre fuiste
Mensajera de amor y de esperanza?

LUCIA.

Y en seguida puso otra vez las cosas como estaban y dió libertad á la paloma. Mes y medio despues á la misma hora Lucía vió llegar otra vez la mensajera que buscaba de nuevo un refugio, pero esta vez parecía que estaba herida; la joven la tomó con presteza y descubrió que había recibido una perdigonada y que no se hallaba en estado de continuar su camino. Pero ¿cómo gobernarse para enviar á su destino los valores que sin duda traía tambien ahora en las bolsitas? Mientras reflexionaba en esto desembarazaba á la paloma de su carga, y con sorpresa distinguió cosido á una de las bolsitas un billete á su nombre; este billete decía así:

« Por saber donde vive la señorita Lucía á fin de darle gracias por la hospitalidad que concede á su correo, daría todos sus tesoros,

» FRIEDRICH P...

» Königs-Strass (Munich). »

Esta vez la misión de la paloma no era ya, como estamos viendo, puramente financiera; la joven, muy conmovida, no sabía lo que hacer, mas por fin tomó el partido de colocar las bolsitas bajo un sobre escribiendo las señas que en ellas se indicaban, y enviarlo todo, por supuesto sin que lo supiera su tía, á la oficina de correos mas próxima, mandando certificar el paquete como una carta.

Sin embargo, esta circunstancia que afligió á la pobre solitaria porque se figuró interrumpía la novela en su prefacio, sirvió por el contrario para acelerar su desenlace. pues Friedrich, joven de 28 años, que, dueño de una fortuna independiente, principiaba sus especulaciones comerciales en compañía de un pariente suyo establecido en el Havre, se había enamorado de Lucía sin conocerla, nada mas que por aquellos cuatro versos que escribió en su recibo. De este modo, pues, cuando en vez de la paloma procedente del Havre recibió un día el mensaje bajo un nombre cuyas señas estaban escritas por la misma mano que los versos, y cuyo sello probaba que salió de las fronteras de la Alsacia, se puso al instante en camino, llegó á la oficina de correos indicada, y supo por el registro que su carta había sido certificada en nombre de la señorita Lucía G... de Rosenstein.

En los primeros dias del mes actual Lucía y Friedrich P. casados y deplorando juntos que la pobre paloma hubiese muerto de resultas de sus heridas, tomaban el camino de París, de donde saldrán para Munich á la conclusión de las Pascuas.

Un tribunal civil ha sido llamado á pronunciarse sobre esta cuestión: « ¿Puede considerarse como vieja una mujer de cuarenta y nueve años? » La cuestión nos parece demasiado interesante para que no nos detengamos á dar cuenta de los debates que promovió entre los abogados y de la decisión de los jueces.

El abogado del demandante expone de este modo los hechos:

El 12 de mayo último M. B... compró una casa mediante la suma de 5,125 francos. Esta casa muy mal construida hace algunos años se hallaba abandonada, no se hacían en ella las reparaciones necesarias, la dejaban caer en ruinas, en una palabra, había que reedificarla. M. B... no ignoraba ninguno de estos hechos, y por eso la cantidad que había pagado representaba á sus ojos mas bien el precio del terreno que el de la casa.

Las primeras ilusiones del comprador se disiparon en breve; pocos dias despues de la adjudicación supo que en virtud de las condiciones del pliego de condiciones, que no había leído como sucede con frecuencia, tenía que pagar una renta vitalicia á una señora A... viuda, cuyos años no se indicaban, pero que decían hallarse « en una edad avanzada. »

Esta noticia produjo en él una impresión terrible: el pago de 1,500 francos de renta además del precio, era una cosa exorbitante. Sin embargo, pasado el primer momento de exasperación, se informó, y acabó de sosegar al saber que la viuda « era una señora de una edad avanzada. » En su pensamiento esto quería decir que era una persona anciana en la acepción fisiológica de la palabra, esto es, una persona que viviría pocos años, segun las probabilidades ordinarias. Sus reflexiones en este sentido le consolaron de su adquisición gravada con semejante carga; veía á la dama vieja, achacosa, arrugada por los años, rodeada en fin de todas las enfermedades que forman ordinariamente el triste acompañamiento de la ancianidad.

Pero por colmo de infortunios M. B... que debía experimentar dolor sobre dolor y caer de desengaño en desengaño, supo que la dama lejos de ser anciana como se había dicho apenas tenía cuarenta y nueve años. Esta noticia le dejó anonadado y comprendió que no le quedaba mas que un recurso, el de apelar á un tribunal pidiendo la nulidad de su contrato.

Tal es el resumen de los hechos; ahora como no queremos privar á nuestros lectores de todo lo relativo al punto principal del debate, trasladamos íntegro el discurso del abogado:

« Señores, dice, la cuestión está en aclarar si es vieja una mujer de cuarenta y nueve años. ¿Cuestión grave y delicada! mas puesto que se eleva en la discusión actual casi á la altura de una tesis de derecho, me permitiréis me detenga un poco en el asunto; por lo demás, no diré nada que no esté ligado directamente con el fondo del extraño proceso que estais llamados á juzgar.

« ¿Puede decirse verdaderamente que es vieja una mujer de cuarenta y nueve años? No vacilo en responder que no, y estoy convencido, señores, de que á falta de fallos judiciales en la materia, podré presentaros en testimonio la autoridad unánime de todas las señoras que han cumplido esa edad ó que se acercan á ella. Efectivamente, señores, á cuarenta y nueve años la mujer no se halla ya en la primavera de la vida; está quizás en los últimos dias del verano, pero le quedan aun el otoño y el invierno, esto es, se encuentra hácia la mitad de su carrera, y puede prometerse aun una vida muy alegre y muy larga.

« Todos sabemos que en los cálculos que se han hecho sobre la longevidad humana, las estadísticas no acusan ninguna diferencia entre la duración de la vida del hombre y la de la mujer; la mortandad se equilibra y ambos llegan á los últimos límites de la vida. Sin embargo, todos los dias se oye decir que las mujeres envejecen mas pronto que los hombres, pero este lenguaje no debe entenderse sino en el punto de las consideraciones mundanas, es decir, de los

encantos en la vida de la mujer que por su delicadeza y extremada sensibilidad se alteran con mas rapidez que en el hombre. Pero en cuanto á la constitución física no se puede establecer ninguna diferencia, y ahora bien, si un hombre de cuarenta y nueve años no es un viejo, claro es que de la mujer se ha de decir lo mismo.

« M. Flourens en una obra reciente que todo el mundo ha leído, titulada: « De la cantidad de vida que se encuentra en el globo, » divide la vida humana en cuatro períodos, y fija el período de la juventud de veinte años hasta cuarenta ó cuarenta y cinco, fundándose en la consideración de que solo á esta edad la naturaleza ha terminado su trabajo en el desarrollo de nuestra organización física.

« Así pues, una mujer de cuarenta y nueve años que entra apenas en el período de la edad proveya no es una anciana: existen muchas de esos años y de mas aun, que solicitan los homenajes y las adoraciones del mundo, y entre ellas las hay en quienes las pasiones y los ardores de la juventud ejercen tambien grandes destrozos; las comedias y las novelas señalan muchos de estos casos verídicos: la mujer de cuarenta años ha sido descrita por la pluma y el pincel, y brilla en el mundo aunque su estrella haya perdido algunos de sus rayos. — En suma, todo el mundo conviene en que una mujer á esa edad si no es ya el capullo delicado que simbolizó la inocencia y la timidez de la joven, es todavia la flor brillante que encanta nuestros ojos con la hermosura de sus colores y que nos gusta coger muy á menudo.

« En lo que concierne especialmente á la viuda A... podemos decir que es la imagen fiel del cuadro que acabo de trazar; disfruta de la mejor salud, se halla perfectamente conservada, y aun se sorprende, segun dicen, de la prolongación de su viudez, pues sus encantos podrian labrar aun la felicidad de un esposo. »

Balzac no ha defendido mejor la causa de la mujer de cuarenta años en una de sus obras inmortales: la argumentación de este abogado benemérito no tenía réplica, y el que pleiteaba por la parte contraria sacó la cuestión de su terreno, y entró en una apreciación distinta de los hechos, de la cual resulta en sustancia que M. B... es un hombre insolvente, y que aquí está la causa real de las dificultades que opondrá á llenar el contrato; la edad de la viuda no es en su opinión mas que un pretexto imaginario á falta de otro mejor. Aunque no queremos seguirle en su discurso, sin embargo vamos á recoger algunas de sus frases sobre el fondo capital de la cuestión que se iba dilucidando:

« Mi honorable contradictor, exclamó, ha conseguido dar á fuerza de agudeza una apariencia de vida á una causa evidentemente desesperada; pero su brillante discurso sería mas propio de una academia de juegos florales que del lugar en que nos hallamos: en realidad está todo basado en una palabra que se supone equívoca sobre la edad de una señora: trátase, pues, de saber si una mujer de cincuenta años principia á estar en una edad avanzada ó si se halla todavia en la primavera de la vida.

« El redactor del pliego de condiciones ignorando la edad justa de la viuda y no pudiéndoselo preguntar á ella, pues estas preguntas dirigidas á las señoras tienen siempre algo de indiscreto, y sabiendo además que se hallaba en una edad respetable como lo indicaban varias arrugas de su fisonomía y algunos copos de nieve sobre su cabeza, escribió que era una señora de edad avanzada. ¿Es esta una maniobra fraudulenta? El redactor la creyó de sesenta años y me parece que, sin titubear, podía extender la frase susodicha que califican de engañosa.

« Pero admitiendo hipotéticamente los cuarenta y nueve años que indica el adversario, ¿tocar al fin del medio siglo no es haber adelantado mucho en la vida? Para todo el mundo y principalmente para una mujer es haber pasado ya el término medio de la existencia. La opinión que se ha citado de M. Flourens no formará autoridad sobre este punto sino en la época bien lejana aun por desgracia nuestra en que el consolador académico haya visto que se realiza su sueño de una duración ilimitada de la vida humana. »

El tribunal declaró al demandante mal fundado en su demanda, y sin querer pronunciarse abiertamente sobre la cuestión de apreciación de edad discutida entre los abogados, falló que aun cuando la viuda fuese mas joven todavia de lo que es en realidad, no sería este un motivo para anular la venta de la casa.

MARIANO URRABIETA.

Legislatura francesa de 1856.

SESION DE APERTURA.

La legislatura del año 1856 se abrió el 3 del actual en el palacio de Tullerías con el ceremonial ordinario.

El trono se elevaba en el fondo del gran salon llamado de los Mariscales, ricamente adornado delante del gran balcon que da sobre el jardin. A la derecha había una silla reservada para el príncipe Jerónimo Napoleon, y á la izquierda mas abajo otra silla para el príncipe Napoleon.

A la derecha y á la izquierda había sillas y bancos cubiertos para los príncipes de la familia imperial, el capellan mayor de palacio, el sumiller mayor, los cardenales, los mariscales, los almirantes, los grandes mariscales del palacio, el montero mayor, los ministros, el gran maestre de ceremonias y los caballeros grandes cruces de la Legion de Honor.

Luego estaban los bancos reservados para el presidente, vice-presidente y los presidentes de seccion del Consejo de Estado.

A la derecha se veían los puestos destinados para el

(1) Gil Blas de Santillana.

uerpo diplomático; enfrente del trono á la derecha los del Senado y á la izquierda los del Cuerpo Legislativo y el Consejo de Estado. Los representantes del ejército y de la magistratura debían colocarse detrás de los cuerpos constituidos.

En la galería alta había sillones para la princesa Matilde y las damas de la corte.

A la una y algunos minutos una salva de ciento y un cañonazos anunció el principio de la solemnidad.

El Emperador hizo su entrada acompañado de un brillante cortejo compuesto de este modo :

Los ugieres,
Un ayuda de ceremonias,

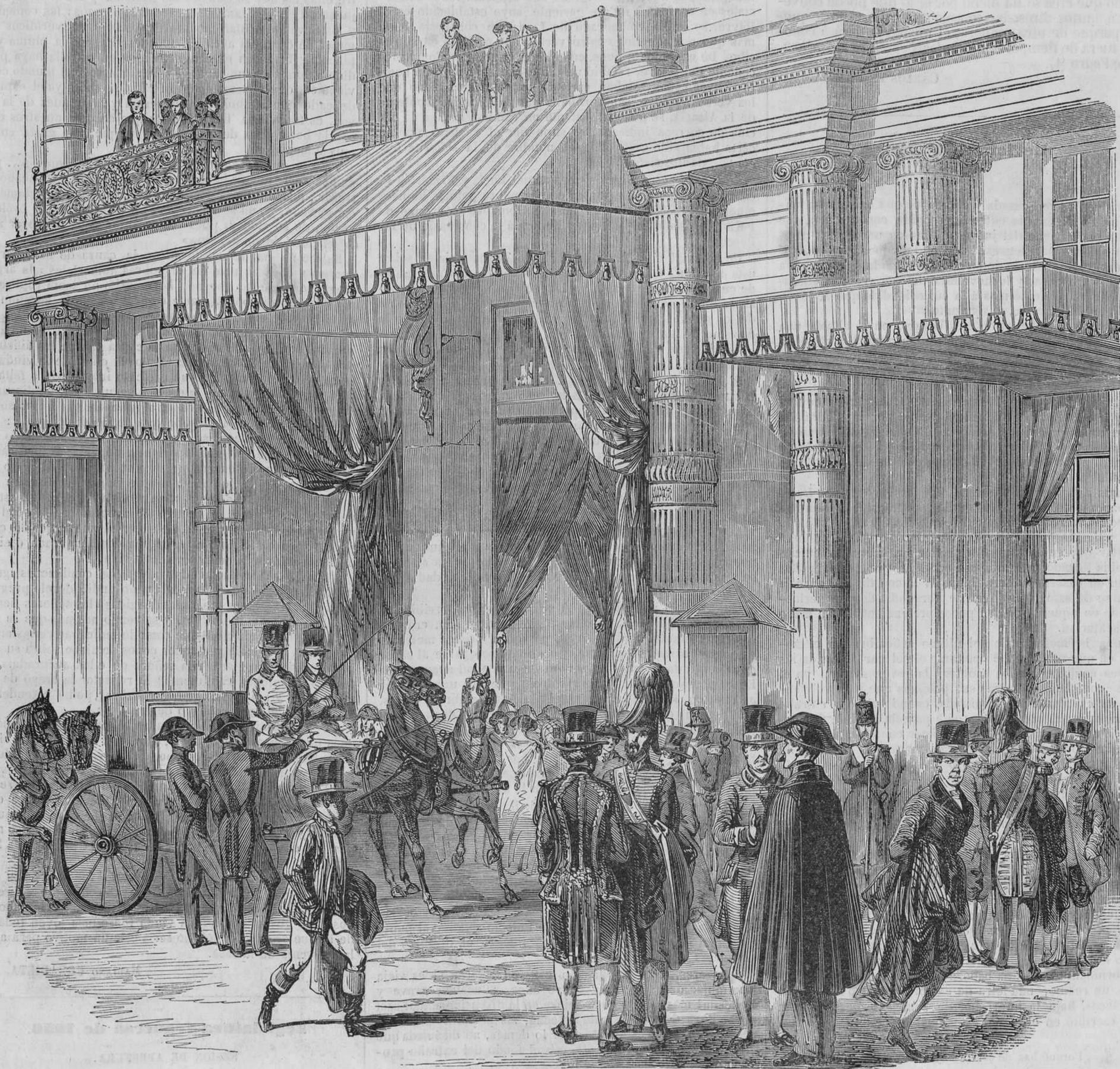
El caballero,
El prefecto del palacio y el sumiller de servicio,
El ayudante general del palacio,
El comandante en jefe de la guardia imperial,
El gran maestro de ceremonias,
El montero mayor,
El sumiller mayor,
El mariscal del palacio,
El EMPERADOR,
El príncipe Jerónimo Napoleon,
El capellan mayor,
El ayudante de servicio,

El gobernador del palacio,
El comandante de los cien guardias,
El oficial de ordenanza de servicio,
Los oficiales de servicio del príncipe Jerónimo Napoleon.

Luego que los senadores y diputados tomaron asiento, el Emperador pronunció el discurso siguiente :

« Señores senadores,
» Señores diputados,

» La última vez que os he convocado, nos dominaban grandes preocupaciones. Los ejércitos aliados se agotaban en un asedio en que la tenacidad de la defensa hacia



Apertura de la legislatura de 1856. — La entrada de Tullerías por el pabellon del Reloj.

dudar del triunfo. La Europa, incierta, parecía aguardar el fin de la lucha ántes de pronunciarse. Para sostener la guerra, os pedía un empréstito que vosotros votabais por unanimidad, aunque pudiera parecer excesivo. La elevacion del precio de los comestibles amenazaba á la clase laboriosa con un malestar general, y una perturbacion en el sistema monetario hacia temer la paralización de las transacciones y del trabajo. Pues bien; gracias á vuestro apoyo, como á la energía desplegada en Francia y en Inglaterra, gracias especialmente al apoyo de la Providencia, esos peligros, si no han desaparecido completamente, están conjurados en su mayor parte.

» Un gran hecho de armas ha venido á decidir en favor de los ejércitos aliados una lucha encarnizada, sin

ejemplo en la historia. La opinion de la Europa, desde ese momento se ha pronunciado mas abiertamente; por todas partes, nuestras alianzas se han extendido y afianzado.

» El tercer empréstito ha sido cubierto sin dificultades; el país me ha probado de nuevo su confianza, suscribiendo por una suma cinco veces mayor de la que yo pedía. Ha soportado con admirable resignacion los sufrimientos inseparables de la carestía de los víveres, sufrimientos aliviados, sin embargo, por la caridad privada, por el celo de las municipalidades y por los diez millones distribuidos á los departamentos. Hoy las llegadas de trigos extranjeros producen una baja sensible; hánse debilitado los temores nacidos de la desaparicion del oro, y jamás los trabajos han sido mas activos, los

ingresos mas considerables. Los azares de la guerra han despertado el espíritu militar de la nacion; jamás ha habido tantos enganches voluntarios ni tanto ardor entre los conscriptos designados por la suerte.

» A esta corta exposicion de la situacion vienen á unirse hechos de alta significacion política. La reina de la Gran Bretaña, queriendo dar una prueba de su confianza y de su estimacion por nuestro país, y hacer mas íntimas nuestras relaciones, ha venido á Francia. La acogida entusiasta que aquí ha recibido, ha debido probarle cuán profundos y capaces de fortificar la alianza de los dos pueblos eran los sentimientos inspirados por su presencia.

» El rey del Piamonte que, sin mirar detrás de sí, habría abrazado nuestra causa con ese arranque animoso

que habia mostrado ya sobre el campo de batalla, ha venido tambien á Francia á consagrar una union cimentada ya por la bravura de sus soldados.

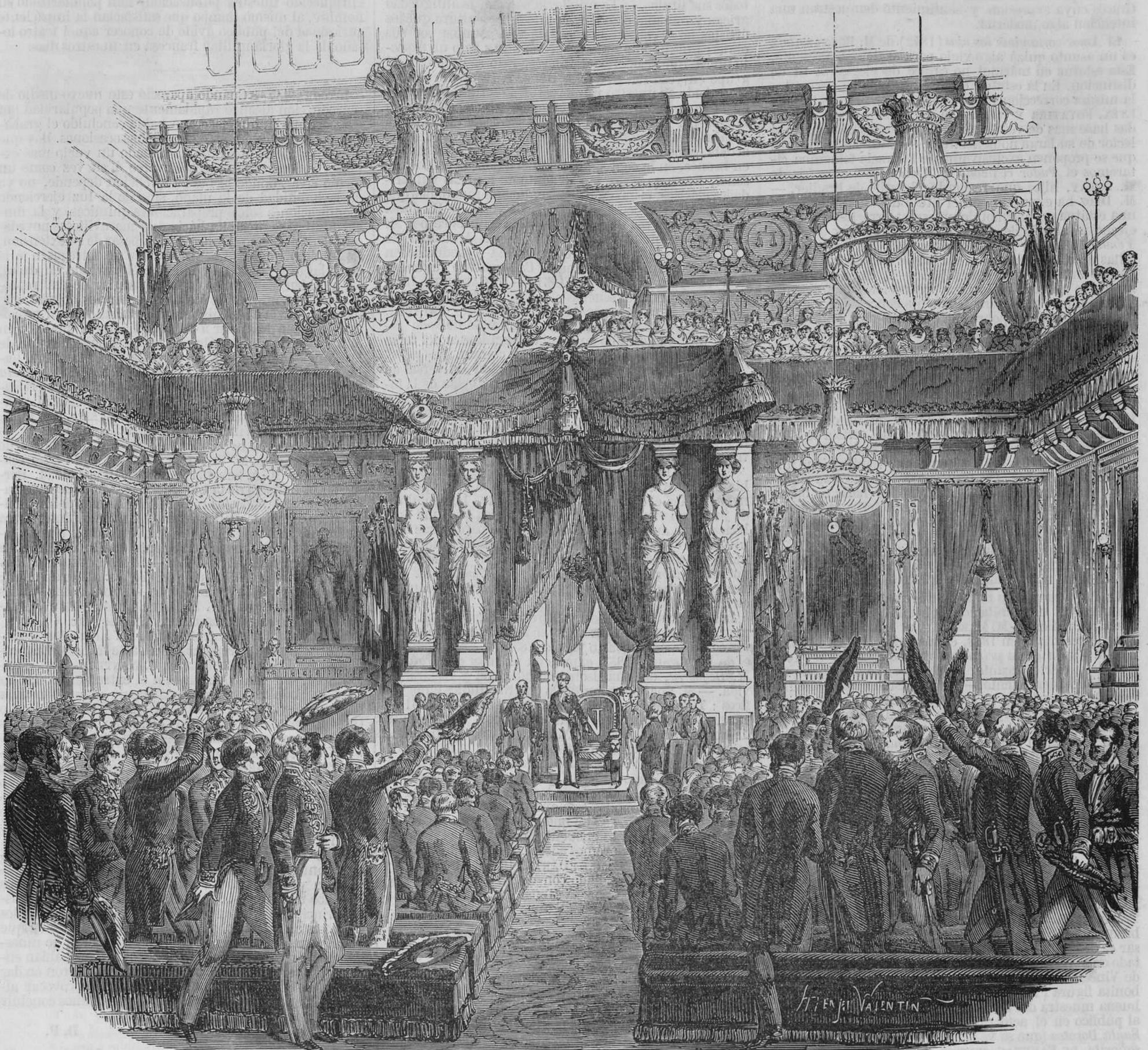
» Esos soberanos han podido ver un país hacia poco tan agitado y desheredado de su rango en los consejos de la Europa, próspero hoy, pacífico y respetado, haciendo la guerra no con el delirio momentáneo de la pasion, sino con la calma de la justicia y la energía del deber. Han visto á la Francia, que enviaba doscientos mil hombres á través de los mares, convocar al mismo tiempo en Paris á todas las artes de la paz, cual si hubiese querido decir á la Europa : « La guerra actual no es aun para mí mas que un episodio; mis ideas y mis fuerzas siguen en parte dirigidas hácia las artes de

» la paz; no omitamos nada para entendernos, y no me forceis á echar sobre los campos de batalla todos los recursos y toda la energía de una grande nacion. »

» Ese llamamiento parece haber sido oido, y el invierno, suspendiendo las hostilidades, ha favorecido la intervencion de la diplomacia. El Austria se resolvió á un paso decisivo, que llevaba á las deliberaciones toda la influencia del soberano de un vasto imperio. La Suecia se ligó mas estrechamente con la Inglaterra y la Francia por un tratado que garantizaba la integridad de su territorio. En fin de todos los gabinetes llegaron en San Petersburgo consejos ó ruegos. El emperador de Rusia, heredero de una situacion que no habia creado, pareció animado de un sincero deseo de poner fin á las

causas que han producido ese sangriento conflicto, y aceptó con determinacion las proposiciones trasmitidas por el Austria. Una vez satisfecho el honor de las armas, el acceder á los deseos claramente formulados de la Europa era tambien honrarse.

» Hoy los plenipotenciarios de las potencias beligerantes y aliadas se hallan reunidos en Paris para decidir acerca de las condiciones de la paz. El espíritu de moderacion y equidad que anima á todos debe hacernos esperar un resultado favorable. Sin embargo, aguardemos con dignidad el fin de las conferencias, y estemos igualmente prontos, si preciso es, ya para desenvainar de nuevo la espada, ya para tender la mano á aquellos á quienes hemos combatido lealmente. Suceda lo que



Sesion de apertura en el salon de los Mariscales.

suceda, ocupémosnos de todos los medios propios para aumentar la fuerza y la riqueza de la Francia. Estrechemos aun, si es posible, la alianza formada por una comunión de gloria y sacrificio, y cuyas ventajas reciprocas pondrá aun mas en evidencia la paz. Pongamos en fin, en este momento solemne para los destinos del mundo, nuestra confianza en Dios, á fin de que guie nuestros esfuerzos en el sentido mas conforme á los intereses de la humanidad y la civilizacion. »

Este discurso fué acogido por los gritos de : ¡ Viva el Emperador !

El gran maestre de ceremonias despues de haber tomado las órdenes del Emperador, las transmite al ministro de Estado quien declara que se va á proceder á

tomar juramento á los senadores y diputados nombrados recientemente.

El ministro lee la fórmula del juramento, y luego procede al llamamiento nominal de los nuevos senadores y diputados. Se oyen sucesivamente los nombres del mariscal Pelissier y de los generales Canrobert y Bosquet; al nombre del mariscal Pelissier responden : *ausente*.

El ministro de Estado declara enseguida abierta la legislatura de 1856 é invita al Senado y al Cuerpo Legislativo á que se reúnan desde el otro dia en los lugares ordinarios de sus sesiones.

El cañon resuena de nuevo anunciando la vuelta del Emperador á sus aposentos.

R. P.

Exposicion Universal de Bellas-Artes.

ESCULTURA.—LITOGRAFÍA.

(último artículo).

En nuestro exámen de las obras de escultura de la Exposicion Universal de Bellas-Artes (véase el nº 161) prometimos ocuparnos de la escuela francesa, y tratar tambien de las estatuas cuyos dibujos acompañaban á ese primer artículo : hoy vamos á cumplir ese doble propósito al mismo tiempo que cerramos nuestros estudios sobre la Exposicion Universal de Bellas-Artes de 1855.

Un crecido número de las estatuas francesas de la Ex-

posicion eran ya conocidas del público; la falta de espacio nos impide detenernos como quisiéramos en estas obras, que vamos á mencionar rápidamente, reservando nuestro exámen para las novedades, que, sea dicho de paso no abundaban.

M. CAVELIER cuya *Penelope* fué muy aplaudida en 1849, presentó su estatua en mármol de la *Verdad* de la Exposicion de 1853. Si en esta quiso demostrar que no evitaba las dificultades, ni la severidad de estilo, en su grupo en mármol de la *Bacante*, trató sin duda de manifestar que si sabia dar gravedad y sencillez á sus figuras, podia igualmente comunicarlas el movimiento. — El grupo en yeso de *Cornelia* (reproducido en nuestro número 161) demuestra aquel estilo grave de las estatuas romanas del tiempo de los emperadores. Las cabezas son poco acentuadas, excepto la del menor de los Gracos cuya expresion y sentimiento demuestran una intencion algo moderna.

El *Amor cortándose las alas* (1842) de M. BONNASSEUX es un asunto quizá algo viejo para el tiempo presente. Esta estatua en mármol no carece de elegancia ni de distincion. En la estatua de la *Meditacion* se encuentra la misma correccion un poco fria. — MM. DUMONT DURET, ETEX, FOYATIER y RUDE han presentado obras conocidas hace mas de veinte años, y queremos dispensar al lector de su larga nomenclatura. — Entre las esculturas que se proponen exclusivamente la gracia femenina citarémos el *Pudor cediendo al Amor* (1853) obra fria de M. DEBAY, hijo, que recuerda el estilo de Pradier. — M. DROZ ha expuesto con el título de *Estudio de jóven* una estatua en mármol de un aspecto gracioso y de una ejecucion agradable. — La *Jóven confiando su secreto á Venus* (1839) por M. JOUFFROY conserva á pesar de sus faltas de ejecucion cierta frescura de novedad y el atractivo de una idea bien concebida. — M. LOISON, que se ha hecho un nombre con sus producciones de un sentimiento fino y puro pero friamente concebidas y ejecutadas de un modo pobre, ha revelado este año su talento bajo un nuevo aspecto. A sus figuras derechas y raquílicas ha expuesto una figura de jóven de formas vigorosas y de líneas de mucho movimiento. En nuestro n.º 161 hemos dado un dibujo de esta estatua de mármol representando una mujer sacando agua de una fuente y que M. Loison quizás no ha tenido acierto en titular: *una Ninfa*. Esta denominacion mitológica se aviene mal con la intencion evidente del artista de estudiar esta vez la forma humana en su verdad y no manifestarla en su ideal. La cabeza, muy bonita, tiene una expresion moderna. Las formas todas son de una riqueza de modelado donde la verdad no se halla en oposicion con la elegancia. En suma, el atractivo de esta estatua se halla mas en los detalles que en la unidad del aspecto y en la elevacion de su estilo: por las cualidades nuevas que manifiesta, es una prenda para lo sucesivo, al mismo tiempo que era, á nuestro juicio, una de las obras mas notables de la Exposicion.

La *Primavera della vita*, bonita estatua en yeso de M. MAILLET, es una imitacion del estilo elegante de su maestro Pradier. — M. MARCELLIN al lado de su gracioso grupo presentado en 1853, expuso una estatua en mármol la *Vuelta de la primavera* (véase nuestro n.º 161) que tiene cierto encanto, si bien adolece todavía de un poco de amaneramiento. — En el mismo número hemos reproducido enfrente el *Estio* por M. MOREAU, linda estatua de mármol cuyo motivo es fácil y sencillo. — M. POLLET presentó bajo un nuevo aspecto poco favorable, el del bronce, su estatua célebre: *Una Hora de la noche* (1850) y su busto de *Bacante* (1853). — Citarémos aun la *Jóven coronada de flores* (1853) por M. AIMÉ MILLET; el bonito grupo en mármol de M. H. DEBAY: *la Cuna primitiva; Eva y sus dos hijos*, etc.

En menores proporciones M. JALEY expuso una *Bacante* y un *Recuerdo de Pompeya*, elegantes creaciones que recrean la imaginacion; — M. GROOTAERS, una composicion tratada de un modo original, en la cual quiso manifestar los *Ultimos momentos de Safo*; — M. SOBRE padre, el motivo bien elegido de la *Pintura etrusca*, reproducido en nuestro número 161; — MM. PASCAL: un *Trapense; Frailes leyendo* y el *Viernes Santo*, grupo en bronce de composicion sencilla donde un fraile da á besar el Crucifijo á unos niños. El mismo artista ha ejecutado en mayores proporciones para la capilla del castillo de Vincennes, un *Angel con el cáliz de amargura*. Esta bonita figura (reproducida en nuestro n.º 161) es una buena muestra del estilo sencillo y gracioso que gusta al público en el acto religioso de nuestra época. — La *Santa Dorotea* (que se ve enfrente en el mismo n.º) por la señorita DE FAUVEAU expresa un sentimiento distinto: es el arte retrospectivo que se divierte en copiar la edad media en nuestro siglo XIX. La jóven santa se halla atada para ser azotada, á una columna que tiene por base un altar pagano destinado á los sacrificios; sobre la columna se eleva la iglesia á que dió nacimiento su martirio. Un ángel baja hacia ella y la presenta tres manzanas y tres rosas que la envía de su jardin su esposo celeste Jesucristo. Segun la historia, Santa Dorotea las envió al abogado Teofilo que por burla la habia pedido le mandase flores y frutas del paraiso. Teofilo al recibir el regalo se convirtió y sufrió el martirio. Esta obra de la artista francesa que vive hace muchos años en Florencia está estudiada con mucho cuidado y respira un perfume místico que los modernos no siempre lo gran introducir en sus imitaciones del estilo arcáico. La señorita de Fauveau ha expuesto además un pequeño *Crucifijo de plata* de un dibujo duro y un pequeño adorno de *Fuente* en mármol con figura y ornatos. Esta composicion complicada, prueba que la señorita de Fauveau

no trata con igual éxito los asuntos mitológicos y los asuntos cristianos.

El catálogo clasificaba por error en los envios de los Estados pontificios una de las estatuas nuevas mas notables de la Exposicion que pertenece á la Francia; la estatua en mármol de *Ruth* por M. BONNARDEL pensionado por la Academia. Esta figura arredillada recogiendo espigas manifiesta sin duda un sentimiento poco bíblico, pero en cambio tiene cierta individualidad elegante, cierta gracia serena que causa el mejor efecto.

El grupo en mármol de *Metabus* fugitivo teniendo en sus rodillas á su hija dormida, por M. RAGGI merecia fijar la atencion, á pesar de la frialdad clásica del asunto, por la ciencia y la habilidad concienzuda del trabajo. M. Raggi, naturalizado francés es hijo de Carrara, y discípulo de Bartolini y de Bosio. Sostiene dignamente todos sus títulos. — La mitología pagana, la antigüedad griega y romana, convienen tanto á la escultura que los artistas no se cansan de sacar de ella asuntos por sus obras; únicamente quieren presentarlos bajo un aspecto nuevo que despierte el interés. Esto se conoce en el grupo en yeso de M. VITAL DUBRAY, (reproducido por el grabado en nuestro número 161). — Tambien vimos en la Exposicion el *Fauno bailando* (1852) estatua en bronce por M. LEQUESNE; — el *Anacoreta* (1852) y la *Tumba de los Gracos* (1853) de M. GUILLAUME. El mismo artista expuso igualmente un *Segador*, estatua nueva en bronce, en la cual sigue manifestando un estilo personal, firme y serio, tan distante de las frias vulgaridades clásicas, como de las sensualidades mundanas que seducen al arte moderno demasiadas veces. — Un *Jóven Fauno jugando con un cabrito*, estatua en bronce por M. GUMERY, es un agradable envío de la Academia de Francia en Roma. — M. FALCONNIER ha reproducido en mármol su expresiva estatua de *Cain maldito* cuyo modelo en yeso presentó en 1851. — M. CABUCHET trató con un sentimiento sencillo su grupo en bronce de *San Vicente de Paul* (reproducido en nuestro número 161). M. DU SEIGNEUR expuso bajo el nombre de *Rolando furioso*, un buen estudio en que la musculatura del torso se halla tratada con una gracia poco comun.

Una de las maravillas de la Exposicion Universal de escultura era el ensayo de restitucion reducida de la famosa estatua de la *Minerva del Partenon* ejecutada por M. SIMART; ya hemos consagrado un artículo especial á esta obra de arte y de arqueología á la vez, debida á la noble liberalidad del duque de Luynes. (Véase nuestro número 159).

Fuera de los estilos griego, romano ó moderno, habia una obra singular, la estatua en yeso de proporciones colosales el *Dolor* por M. CHRISTOPHE. Los hombres de juicio no vieron en esta tentativa mas que una ambicion, una audacia que siempre debe perdonarse á la juventud. — Entre las estatuas de grandes hombres mencionaremos las siguientes: *Montaigne* por M. LANNON; *Chateaubriand* por M. DURET; *Buffon* por M. DUMONT; *Lesueur* por M. HUSSON; *Larrey* por M. ROBINET, etc....

Los retratos abundaban y merecian tambien un exámen particular. M. OLIVA que se habia mostrado escultor colorista en su busto propio (1852) y sobre todo en el de Rembrandt (1853) expuso en mármol el *retrato de M. Deguerry*, de una fisonomia animada y respirando vida. — M. CORDIER reunió sus cuatro estudios etnográficos: *Tipos negros y mongoles* expuestos en 1851 y 1853. — M. MELINGUE es un actor famoso, que despues de haber tomado la escultura como distraccion para sus estudios dramáticos, quiso tentar en 1852 la fortuna de las exposiciones y envió una figurilla en yeso de un *histrion* estudiando su papel, por la cual le concedió el jurado una medalla de oro de tercera clase. Además de esta bonita obra, expuso este año un *retrato de cuerpo entero de M. E. Giraud* de buen aspecto y de un estilo fácil. (Esta figurilla se encuentra reproducida en nuestro n.º 161.) — Señalarémos además entre los bustos, los ejecutados por MM. BARRE; DANTAN (los dos hermanos); ETEX; un *retrato estudiado con delicadeza de Valerie*, del Teatro Francés, por M. MEUSNIER; un *retrato de M. Ingres* por M. OTTIN; algunos bustos por M. ROUBAUD, etc.

Un grupo muy notable por M. I. BONHEUR: *Hércules y los Caballos de Diomedes* (reproducido en nuestro número 161) servirá de transicion entre la estatuaria y la pintura de animales. Hay atrevimiento en la concepcion de este grupo y talento en su ejecucion. Si el Hércules tiene el defecto de ser algo corto, en cambio su actitud tiene animacion y energia. Uno de los caballos tendido ya á los golpes de la terrible maza llena el hueco entre las piernas de Hércules y el otro caballo que se levanta de manos; pero las líneas dejan que desear y no componen un buen conjunto.

Tambien hemos dado en el n.º 161 la reproduccion de una obra admirable de M. BARYE, titulada: *Jaguar devorando una liebre*, bronce (1852). Es imposible expresar con mayor verdad el furor enérgico de la fiera y la voluptuosidad de su apetito sanguinario. — M. JACQUEMART expuso un *Leon* en bronce, de grandes dimensiones, obra que manifiesta un buen estudio pero que no satisface en cuanto á la parte pintoresca. — M. FREMIET volvió á presentar al público varias individualidades animales creadas por él, sobre todo figuras de perros de todas clases que adquirieron fama en las Exposiciones precedentes. — M. MENE, el entendido escultor de animales, tres grupos en cera conocidos ya; los diferentes animales que pone en escena M. Mene son de una ejecucion notable y de un dibujo elegante y gracioso. — M. BRIAND tenia dos buenas esculturas en madera: una *Cercela* y un *Grupo de perdices*; — M. CAIN varias obras

de un trabajo esmerado; — M. KNECHT, un bajo-relieve titulado el *Gorrion y la Mosca*, escultura en madera de mucha habilidad. — M. MOIGNIEZ presentó dos grupos en yeso; — NAST dos *Caballos*, en cera...

En esta rápida revista de tan crecido número de obras, con sentimiento tenemos que omitir nombres célebres y obras importantes. Pero era una necesidad difícil de evitar tratándose de una Exposicion tan considerable. — Estas omisiones han sido naturalmente mas numerosas cuando tratamos de los cuadros, y si bien no tratamos de salvarlas aquí pues la tarea seria larga, sin embargo, es un deber para nuestro periódico, el advertir que si M. DURAND-BRAGER ha faltado en la Exposicion Universal, ha sido á causa de la mision que desempeña en la Crimea desde hace tres años. Los infinitos dibujos recogidos por él en aquellos lugares y con los cuales ha enriquecido nuestra publicacion, han popularizado su nombre, al mismo tiempo que satisfacian la impaciente curiosidad del público ávido de conocer aquel teatro lejano de la gloria militar francesa en nuestros dias.

LITOGRAFÍA. — Cuando apareció este nuevo medio de reproduccion alcanzó rápidamente una popularidad tan extraordinaria, que se creyó habia concluido el grabado, pues sustituyó á este en muchas ocasiones. Hoy que el empleo de la litografía ha tomado un vuelo mas extenso, la fotografía parece elevarse á su vez como un medio rival, donde la buena ejecucion depende, no ya de la habilidad de la mano, sino de la luz ejerciendo modificaciones sobre preparaciones químicas, y la muchedumbre se precipita hácia esas maravillosas novedades. Pero así como la litografía, á pesar de su extension, no impidió que los buenos artistas se entregasen á la tarea larga y laboriosa que exige el grabado en dulce, así tambien los triunfos de la fotografía, de esa reproduccion instantánea de los objetos por los objetos mismos, no desvia á los dibujantes de talento de su propósito de hacer progresar á la litografía. En el GRABADO en dulce se presentaron láminas que sostienen la fama de la Francia en ese ramo del arte. De M. CALAMATTA habia: la *Vision de Ezequiel* (copia de Rafael); la *Joconda* (de Leonardo de Vinci); el *Voto de Luis XIII* y el *retrato del Duque de Orleans*, (de M. Ingres), y el de M. Guizot (de M. Delaroche). — De M. FORSTER: la *Virgen*, (de Leonardo de Vinci); *las Tres Gracias* (de Rafael); — de MM. FRANÇOIS hermanos, grabados de las obras de Delaroche; — de M. HENRIQUEL-DUPONT: El *Cristo consolador* (de M. A. Scheffer); *Gustavo Wasa* (de M. Hersent); el *Entierro de Cristo* y *lord Strafford* (de M. Delaroche); y ante todo las magníficas láminas del hemisicilo del palacio de Bellas-Artes (del mismo pintor) obra capital de la Exposicion, y que adquiere un nuevo valor por causa del incendio reciente que ha destruido la famosa obra de M. Delaroche; — de M. LAUGIER la *Hermosa jardinera* (de Rafael); el *Zéfiro*: (de Prud'hom); *los Apestados de Jaffa* (de Gros); — y por último, varias obras grabadas por MM. LECOMTE, LEROUX, LEVY, LORICHON, MARTINET, METZMACHER, PANNIER, etc.

Lo mismo que los grabadores, los litógrafos sostienen dignamente la reputacion del arte francés. Las producciones de MM. MOILLERON, C. NANTEUIL, SOULANGE-TEISSIER, son tan conocidas en el extranjero como en Francia. Señalarémos particularmente algunas nuevas litografías que un aficionado M. A. MOREAU ha hecho tirar á un corto número de ejemplares, copias de los cuadros de su coleccion. Entre los artistas que han cooperado á esta empresa nombrarémos á MM. DUFOURMENTEL, LAROCHE y SIROUY. M. Troyon ha encontrado en M. Laroche un excelente intérprete. De este mismo artista vimos una litografía de un efecto muy armonioso, copia de Decamps: *Caballeria turca atravesando un rio*; M. SIROUY, jóven dibujante de talento, presentó tres bonitas copias de otras tantas obras de Decamps.

En lo que precede no hacemos mas que indicar algunos puntos; nos falta espacio para hablar de los grabadores y litógrafos de otros países. — Nada dirémos tampoco de la exposicion de ARQUITECTURA, que consistia principalmente en restauraciones de monumentos franceses antiguos; obras de arqueología mas bien que de arte ante las cuales el público en general, se muestra indiferente. Algunos arquitectos ingleses habian enviado proyectos fantásticos, donde se divertieron en dar carrera á su imaginacion, y que podrian provocar algunas observaciones teóricas, si no quisiéramos concluir ya nuestro postrer artículo.

D. P.

A LA PRIMAVERA.

Huyó por fin el perezoso invierno:
Las pardas nubes que apiñadas ántes
Coronaban los turbios horizontes
En gigantescas masas divididas,
Disipándose van. Ya no se escucha
Mugir soberbio en las quebradas rocas,
Ni trémulo azotar las ramas secas,
Al ábrego sañado; ni á su empuje
Rechinando girar en la alta torre
La atrevida veleta. Leves giran
Por el tranquilo azul del firmamento
Tímidas bandas de fugaz blancura,
Recamadas de púrpura y de oro.

Con ellas ciñe virginal la aurora
Sus contornos de luz cuando en oriente
Al mundo anuncia la feliz mañana,
Y el mundo todo de placer sonríe.

Portadora de dulces armonías,
El aura en fácil y apacible vuelo
Sus alas tiende, y bulliciosa mide
De la ancha vega la llanura hermosa,
Y todo al soplo de su amor verdía.
En risueña cascada se desprende
Del alto monte el saltador arroyo
Y al prado llega y lo fecunda y baña:
Y ora entre juncos murmurando corre.
Ora en remansos por correr se inquieta,
Ora su dócil curso prosiguiendo,
Las caprichosas márgenes matiza
De tiernas flores que á su paso brotan,
Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,
Del olmo ciñe el corpulento tronco,
Trepá á sus ramas y en la altiva copa
Briosa muestra su naciente fruto.
Riza sus ondas sin descanso el río,
Doblan su tallo las esbeltas cañas;
El les da perlas de su rica espuma,

Y ellas temblando de placer suspiran;
Y en dulces besos y sentidos ayes
Sus dichas cantan y su amor le dicen.
Todos cubiertos de riqueza y gala,
Pródigos de perfumes, á lo léjos
Formando bosques, los naranjos tienden
Sus verdes ramos, de azahar vestido
El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan
En el follaje oscuro, ya ligeras
Con vuelo desigual cortan el viento,
Ya, caprichosos círculos formando,
Lucen sus alas de brillantes plumas,
Lucen su voz en armoniosos trinos.
Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor. Abre el tesoro
De sus inmensos bienes, y afanosa,
Como tributo de su amor, lo ofrece
Al apacible cielo que la admira,
Al encendido sol que la fecunda,
Lo mismo que en la edad de la inocencia,
Por deliciosos sueños de esperanza
Atraviesan risueñas ilusiones;
Así en el campo de colores lleno
Ahora se siente resbalar tranquilo,
Brillante y claro el bullicioso día,
Tibias y castas las serenas noches,
Dulces las horas.

Primavera hermosa,
Primavera feliz, bendita seas.
Don celestial, magnífico presente,
Estacion de los dulces pensamientos,
Estacion del amor. Harto cansada
De las pálidas horas del invierno
El alma te esperó. Tu influjo blando
Despierta al triste corazón dormido
En el sueño mortal de sus pesares.
Renacen, ay, como tus bellas flores
Las bellas esperanzas. La alegría
Brotó del blando sol de tus mañanas,
Y es preciso olvidar. No mas recuerdos
De penosa inquietud. ¿Acaso solo
Es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dió, ¿no dió el consuelo?
Renace corazón, olvida y vive;
Puedes amar también; naturaleza
Tiene templos de amor, y en sus altares
El alma del pesar se purifica.
¿Cuán dulce y perfumado el pensamiento
Vuela en las brisas, y en las flores bebe
Misterios infinitos de ternura!...
Sé bienvenida, Primavera hermosa;
¡Primavera feliz, bendita seas!

EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era
Su dulce madre una fuente:
Suspirando tristemente
Hablaban de esta manera.

— ¿Estás triste?

— ¡Oh madre mía!

— ¡Suspiras tanto!

— ¡Ay de mí!

— ¿Quién te da penas?

— El día.

— ¿Te gusta la noche?

— Sí.

— ¿Pasas el día...

— Llorando.

— ¿De tristeza?

— De dolor.

— ¿Pasas la noche...

— Velando.

— Hijo ¿qué tienes?

— Amor.

— ¿Sin consuelo?

— Sin consuelo.

— ¿Y sin esperanza?

— Alguna.

— ¿A dónde miras?

— Al cielo.

— ¿Quién es tu vida?

— La luna.

— Cuando la ves ¿te da pena?

— Lleno de placer suspiro.

— ¿Te mira dulce y serena?

— Me mira mucho y la miro.

— ¿Quién calma, si se detiene,

Tu ambroso devaneo?

— La ven mis ojos si viene,

Si no, la ve mi deseo.

— Ese amor es desvarío

Y nadie amó de esa suerte;

Porque ese amor, hijo mio,

Lleva en sus ansias la muerte.

— ¡La muerte! dulce alegría,

Única esperanza bella;

En muriendo, madre mía,

Subiré á vivir con ella.

Inquieta gimíó la fuente;

Bendiciendo su fortuna,

Levantó el galan la frente,

Y apareció por oriente

Melancólica la luna.

José SELGAS Y CARRASCO.

LOS BAILES.

Á LA SEÑORITA DOÑA B. F. DE C.

(Conclusion.)

Te han dado un pisoton. ¡Qué diantre! lo siento. Ese tal no mira nunca en donde pone los piés. ¡Tan erguida lleva la cabeza! Apenas ayer era un pobre hombre... Luego riñó con su conciencia... y... pero otro día te referiré esas historias. Entre tanto, no repitas como todos dicen... la suerte de ese hombre... sino dí conmigo... la impudencia de ese miserable...

Mírale. Se coge del brazo de aquel conde, y el conde le acoge con sándia benevolencia. ¡Pobre conde!

Házte á un lado: deja pasar á esa primorosa pareja. Es un él y una ella. Pobres adolescentes. Se figuran, y no sin razón, que conversan, porque les parece que hablan.

Pues echa un vistazo hácia allí. ¿No ves dos? el uno tiene facha así como de mortal, repleto y hasta ahito de todo linaje de bienes: el otro cualquiera diría que es la personificación de todos los deseos y esperanzas juveniles. Este plática con aquel, á quien juzga hombre de pró, acerca de los destinos de la humanidad. Repara en la cara de fastidio de su interlocutor. Esta vez tiene razón. Semejante asunto es importuno en un baile. ¡Los destinos de la humanidad! ¡Vaya! Si le hablara siquiera de los destinos de la guía...

Aguarda, aguarda, ya te diré quien es ese que pasa junto á nosotros.

Su aire es grave, su mirar de profeta inspirado, su peinado de ardiente fantasma. Cuando coge un espejo por de frente, no desprecia la ocasion propicia de contemplar en su luna el empaque á lo Dante que á él se le antoja deber al cielo. Los golpes de locura los vuelve su buena voluntad en arranques de genio, y desdeña profundamente el saber humano, que abarca de una sola ojeada su ancha adivinatrix intencion intelectual.

Ni por casualidad le atormenta acerca de sí mismo esa negra duda que por lo demás, elevada á sistema constituye todo el fondo de su filosofía universal.

El, como cuantos están cortados por su mismo patron, nunca habla, sino que siempre ora; jamás conversa, sino discute cuando no dogmatiza; no busca amigos, sino caza oyentes.

Ya pescó una pobre víctima. Compadécela. A pesar del buffet, de las danzas y de la música, no la soltará así como quiera. ¡Infeliz! El motivo de escucharle acaso te valga la gloria de su benevolencia.

Por fortuna, Dios les envía un tercero... pero quiá, ahora que veo quien es, retiro mis palabras. De nada sirve que ese señor se les arrime. Es la primera vez que penetra en un baile del gran mundo, y está el pobre

hombre que no sabe lo que le pasa. Mira, mira, lector cuán rojas le pinta la cortedad sus ántes pálidas mejillas. Trae abollado el cabello y convertida la cabeza en caja de pasas. El frac se le despega, tartamudea para saludar, y cada paso que intenta es un pisoton que da.

Mas ¿qué veo? ya se apoderó del cuitado el hombre de genio, y haciendo una evolucion hábil el víctima número uno, se lanza presuroso á refugiarse en aquel corro de pollos. ¡Dios mio, habed misericordia! ¡Del Scila de la pedanteria al Caribdis de la insubstancialidad!

Lector, metámonos en aquel rincon, que nos van á deshacer aquí. ¡Jesus, qué confusion y qué apretones!

¡Mentecatos, sándios, necios, presumidos, desengañados, coquetuelas, arrapiezos, cursis, liones, fashionables, almas de cántaros, hinojuelos, babiecas, petimetres, elegantes, pasad, pasad, pasad.

Nota que te asombra aquella dama con aire de reina y dejos de hada, que entra ahora en el salon. La conozco. Excelente encuadernacion, pero mal libro. No pases de la portada.

Ya se le acercan cortesanos. Un marqués á quien, según suele acontecer, no tiene la tradicion luz bastante para iluminar su entendimiento. Un aristócrata de real orden, reciente, con mas ufania que credos políticos y muchos tiene rezados. Un lionzuelo barbilampiño que se juzga irresistible, y á la verdad con sobra de razon. Un elegante desengañado á deshora, que ya busca en la mujer á la mujer, y no se lleva siempre chasco.

Míradlos como se acercan, encandilan, bullen y se pavonean.

¿Quién es, me preguntas, esa noble doncella de aire modesto, de mirar cándido, ruborosa, bien prendida y de fresca virginal belleza, que se está sola en aquel rincon, y como avergonzada de encontrarse en medio de sociedad tan escogida?

No la conozco. Dicen que no presume, aunque linda, ni coqueta, aunque rica, ni hace esprit, aunque ingeniosa, ni toma varas aunque es mujer, y mujer del año de gracia de mil ochocientos y cincuenta y dos. No la conozco, y lo siento. Pocas, pocas hay como esta, amigo lector. Ignoro cual sea la fuerza misteriosa que la preserva del contagio de las diabólicas fascinaciones del mundo, si bien la tradicion enseña que de cuando en cuando, y á manera de tributo, arrebató Dios unos cuantos vasallos del príncipe de la tierra (1).

Mas esto me va fatigando. ¿Vámonos?

Echa un vistazo general, una mirada sintética, como si dijéramos.

Murmullo de conversaciones, ecos de voces perdidas, saludos, galanterías, palabras de suave sonido, risas de entonacion plácida, picante ó destemplada, crugidos de las sedas al choque de los organdis ó de las gasas; besos y enlaces de la luz de las bugías con las luces de los diamantes: desmayos del espíritu, que la impotencia rinde y el desco irrita; ojeadas que hablan, voces que nada dicen, viento movido por los que danzan, sonatas, tufo, atmósfera saturada de ácido carbónico, insustancialidad, devaneos, efluvios humanos, estímulos aguijoneados, golpes de tos, muchedumbre de hostezos, hastío, hipos del corazón y deslumbramientos del alma.

Vamos, vamos andando, que nada nos queda ya por ver. En cuanto al estómago, ya hemos tomado en el buffet nuestro piscolavis, y rendido culto al pavo y á la trufa, mandarines de la época. ¡Qué aproveche!

¡Qué diantre! Apenas hemos dado unas cuantas vueltas, y estamos cansados. ¡Cosas del mundo! Así sucede á la mayoría de las gentes que conozco. Y sin embargo, diría un filósofo moralista pedanton ó un pensadorzuelo cursi, — pues yo no me atrevo á decírtelo, ¡oh lector! porque tengo mucho miedo de decir verdades vestidas con trajes mal cortados; — y sin embargo de que así sucede á la mayoría de las gentes que conozco, por lucir un aderezo en un sarao, por rodar una carretela en el Prado, por adiestrar al vientre en la digestion de la trufa, ó por pasear una vanidad de mala laya en un salon del buen tono, petrifican tantos su conciencia, tantas subastan su honra, y abisman tantos y tantas su verdadera felicidad!!!

V.

Un lector. ¡Qué pesado, qué estilo tan incorrecto, qué formas tan extravagantes, cuánto galicismo, qué abuso de palabras raras, y qué disfrazada la intencion de burlarse de ellas!

Una lectora. ¡Jesus y qué sandeces! Además, faltan tipos. Yo conozco á...

Un amigo del autor. Bien desempeñado está tu pensamiento. Tu artículo, según parece te has propuesto, produce la misma impresion que deja casi siempre un gran baile. Lo he leído, y me he quedado como me siento cuando voy á meterme en la cama los... al volver de casa de..... esto es, cansado, fastidiado de una manera especial. Vraí. Je ne fais pas de calembourgs.

El autor. ¡Mephistóphes! Haz con el lector alguna de las tuyas. Por tu honor te lo suplico.

Las razas de caballos en Francia.

La Francia cuyo territorio es tan rico, tan variado, tan propio para la cria caballara, se halla sin embargo bien rezagado en este punto con respecto á otros países. El consumo del caballo ligero para paseo y para la ca-

(1) El diablo, según aseguran los sagrados libros.

ballería, no puede satisfacerse aquí sin recurrir á la importacion extranjera que trae periódicamente á Francia un número de caballos cuya cifra varia anualmente por término medio entre 12 y 15,000, y sin embargo se encuentran en este territorio, como hemos dicho, todos los elementos posibles de prosperidad agrícola. A los que dicen que para criar fácilmente y en buenas condiciones de precio una gran masa de animales á fin de cubrir las variadas necesidades del país, se necesitan vastos espacios como los que ofrecen las magníficas propiedades de los lores de la Gran-Bretaña, inmensas llanuras como se encuentran en Hungría, en el Mecklemburgo y en el Holstein, y en ciertas partes de Hanóver y sobre todo en las estepas rusas y polacas, responderemos que en Francia á pesar de la reparticion siempre en aumento



Las razas de caballos en Francia. — Caballo cauchés.

de las propiedades, los ricos pastos de la Normandía alta y baja, las laderas de la Bretaña, las llanuras del Brenne y del Limosin, ciertas partes de la Auvernia y otra porcion de localidades ofrecen al ganadero mas favorables. Al mismo tiempo á pesar de las faltas y errores de la administracion encargada de dirigir este importante servicio, á pesar tambien de la ignorancia y la incuria de un crecido número de propietarios y ganaderos, la Francia posee razas numerosas que tienen todas cualidades diversas, caracteres distintivos y variados. Basta conocerlas para apreciarlas.

Muchos volúmenes se podrian escribir sobre los medios que pueden emplearse para fomentar en Francia la produccion de la especie caballar, pero no es ese nuestro objeto en estos artículos. Vamos á contentarnos solamente



Las razas de caballos en Francia. — Caballos potevinos.

con pasar revista á las diferentes razas que produce el suelo francés, exponiendo la historia, su especialidad, los servicios á que son propios y las cualidades que mas particularmente les distinguen.

La materia es tan rica que podemos, digámoslo así, elegir al acaso, lo cual dará quizás mayor variedad á esta tarea. Por eso hablaremos hoy á la vez de las razas propias para la silla y de las diferentes razas de tiro, del caballo limosino y normando así como del caballo potevino, porcheron ó breton, sin olvidar una raza particular de tiro, la del caballo cauchés. Principiarémos por decir algunas palabras del caballo potevino, caballo pesado y lento.

Esta raza oriunda del Potu se llama potevina aunque los individuos que la componen nazcan y se crien en su mayor parte en las llanuras un poco húmedas de las cercanías de Alençon. El Potu que sin duda podria suministrarlos produce pocos porque todas las yeguas se emplean en la cria de mu-



Las razas de caballos en Francia.—Caballo normando.

frecuentemente en la agricultura, aunque á veces no deja este servicio bien que su especialidad sea la carga pesada y sobre todo el tirar de los barcos. Así se les ve en crecido número sobre las orillas del Ródano remolcando á la subida los barcos de mercancías que se dirigen hácia Lyon.

Estos caballos de raza potevina tienen una altura que varia de 1 metro 62 á 1 metro 64 centímetros. Su temperamento por lo regular es linfático. A pesar de la anchura de la grupa y de su pecho, sus formas musculares y la fuerza de sus piés, el caballo potevino no tiene fama por su energía; así debe principalmente á su masa y á su peso el poder arrastrar fácilmente una carga pesada.

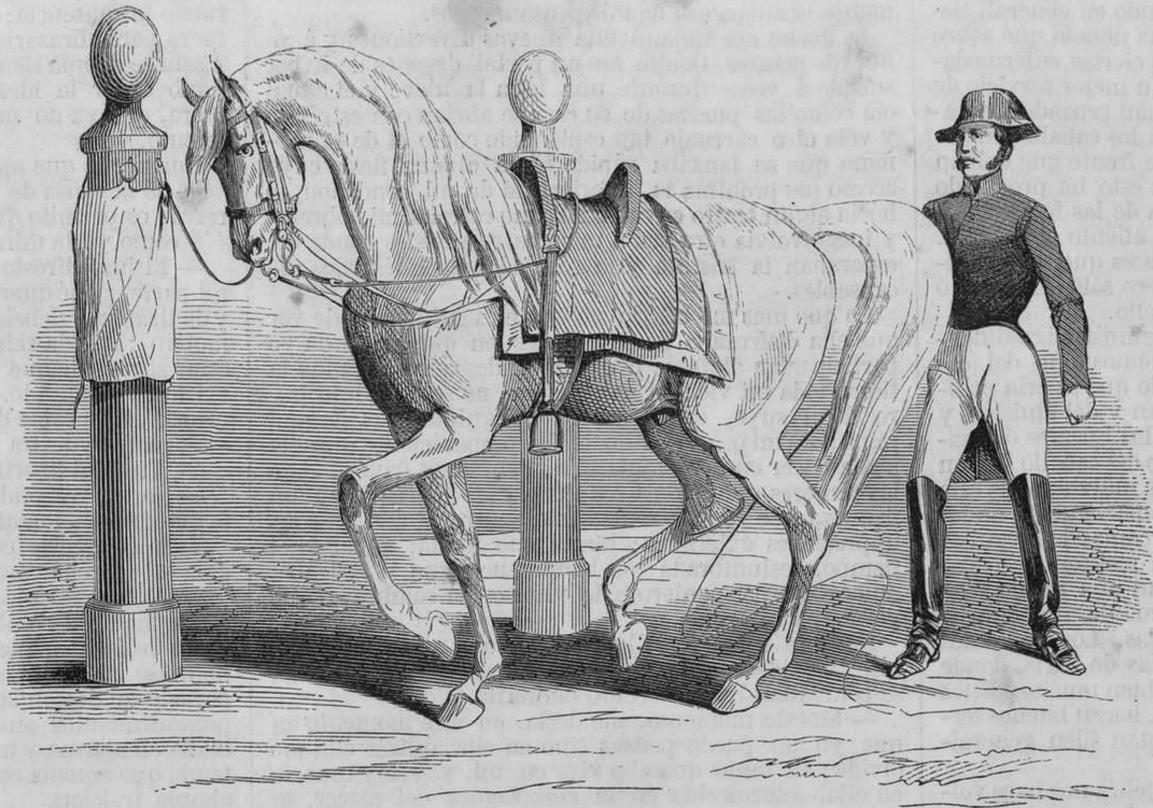
El caballo percheron, ménos pesado, mas sólido, mas resistente, mas capaz de soportar las largas abstinencias y la intemperie, y dotado de mayor energía, tiene precisamente todas las cualidades de que carece el caballo potevino. Ménos grande que este último, pues su altu-

las que tienen una salida ventajosa para las colonias francesas. En su juventud el caballo potevino se emplea

precisamente todas las cualidades de que carece el caballo potevino. Ménos grande que este último, pues su altu-

ra varia ordinariamente entre 1 metro 52 y 1 metro 57 centímetros, con el cuerpo redondo, la grupa corta y ancha debe una parte de las ventajas que le distinguen á su educacion mística en medio de los pastos del Perche secos y ménos abundantes que aquellos en que se crían los caballos de raza potevina. El caballo percheron trota sin cansarse, y por eso es muy bueno para la carrera acelerada. Es por excelencia el caballo de posta ó de diligencia; pero no conserva sus cualidades sino cuando permanece entero, pues al punto que está castrado degenera y pierde una parte de su fuerza y energía.

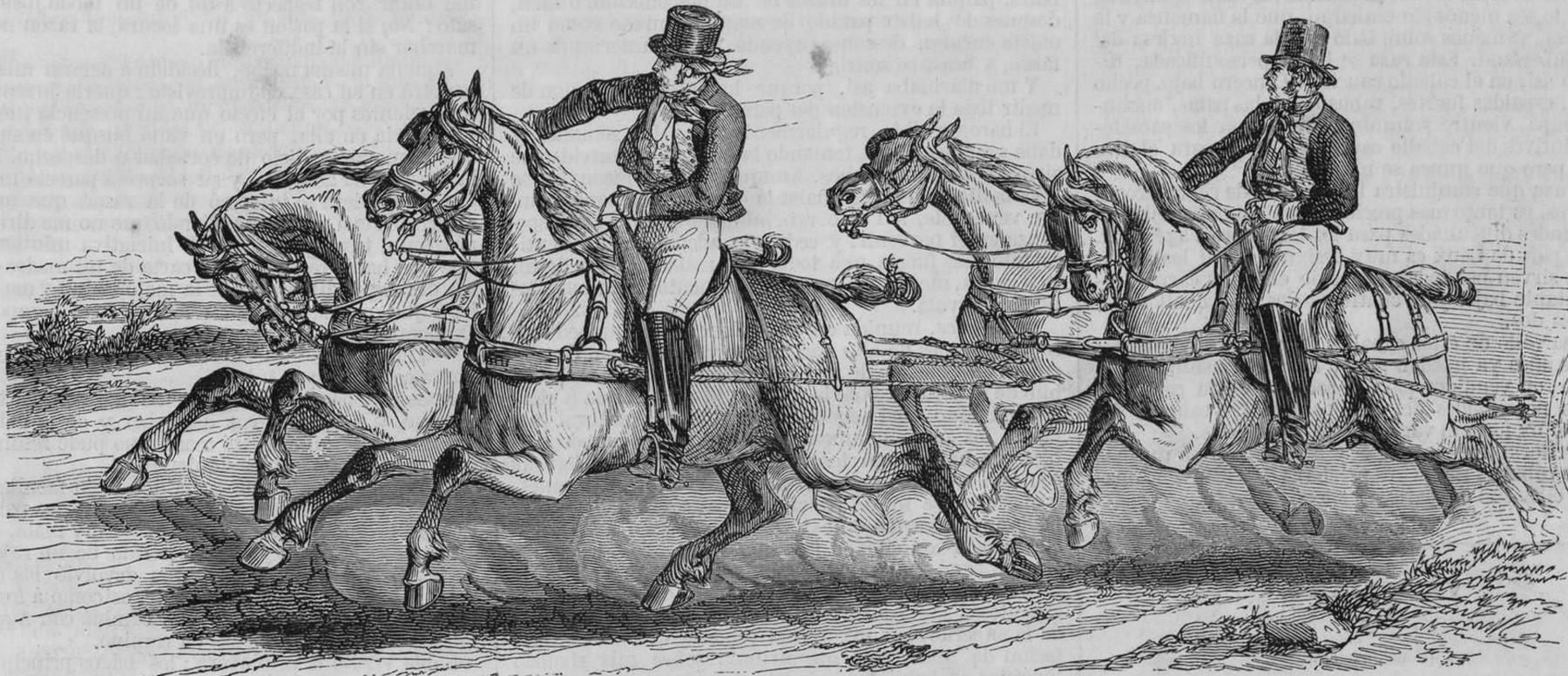
Otra raza no ménos preciosa que esta última, pero que se halla destinada á un servicio distinto, es la raza limosina; de todos los caballos franceses, los limosinos son los que mas caracteres conservan de las ra-



Las razas de caballos en Francia. — Caballo limosino.

zas orientales. El caballo limosino se debe, segun dicen, al caballo árabe de raza pura cruzado con yeguas tambien de raza distinguida. En efecto, los individuos de esta raza tienen la cabeza muy fina, seca y un poco larga que recuerda la fisonomía del caballo árabe. El cuerpo es un poco redondo, aunque esbelto, y su formas constituyen un término medio entre las del español y el árabe. Su vigor, su ligereza, su gracia, la elegancia de sus movimientos, y su mucho aliento y energía le hacen exclusivamente propio para la silla, y por otra parte, su inteligencia y su aptitud para aprender, hacen de él un animal modelo como caballo de silla ó de picadero.

En otro tiempo se criaban estos caballos no solo en el Limosin sino tambien en una parte del Perigord y de la Auvernia. El caballo limosino, contrariamente á los demás



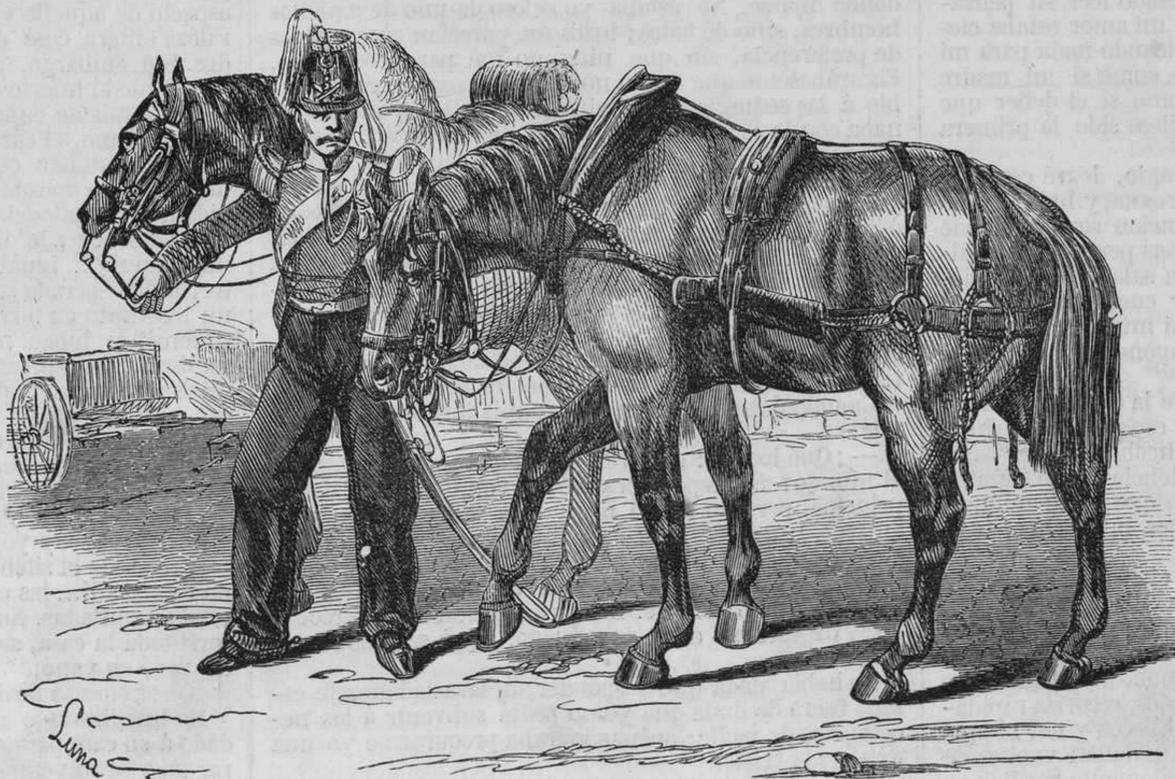
Las razas de caballos en Francia. — Caballos percherones.

caballos que pueden servir ya á los tres ó cuatro años, no sirve hasta los siete ú ocho; pero desde entónces puede durar hasta veinticinco ó treinta años. Estos caballos unen á la fuerza la velocidad y el fondo, y hacen todavía buenos servicios á la edad en que otros caballos están gastados y carecen de aliento.

Muchas causas han producido la decadencia y la esterilidad de esta hermosa raza que abastecía en otro tiempo las caballerizas reales. El mariscal de Turenne hizo la mayor parte de sus campañas sobre una yegua llamada *Pia* que sacó de sus dominios. Hoy esta raza apenas produce 200 caballos buenos por año.

Una de las principales causas de esta decadencia ha consistido en la mala combinacion para cruzar las razas. Hoy se trata de reparar el mal apelando al marañon inglés: gracias á esto se principia á obtener una mejora sensible en el número y la excelencia de los productos.

Las razas de que acabamos de hablar son exclusiva-



Las razas de caballos en Francia. — Caballo breton de tiro.

mente propias para el tiro ó para la silla. Otra raza francesa, la cotentina ó normanda da igualmente caba-

llos que sirven para la silla y el tiro.

Se pretende que ese caballo llamado caballo normando ó cotentino fué mejorado por los bárbaros que vinieron en otro tiempo del Danubio á establecerse en la Normandía. Prescindiendo de esta opinion, cuya responsabilidad dejamos á su autor el coronel Cardini, parece sin embargo, casi seguro que la raza de que tratamos recibió en diferentes épocas sangre oriental y mas recientemente sangre anglo-árabe.

Lo que llaman la llanura de Caen, esto es, todo el territorio que se extiende en torno de Caen hasta una distancia bastante grande, puede considerarse como el centro principal de la raza normanda. Este país produce grandes caballos de silla muy estimados y cuya altura llega á veces á 1 metro 66 centímetros. Estos caballos sirven para la caballería pesada, y tambien para los tiros de lu-

jo, pues son igualmente propios á esos fines, por su pecho ancho, sus formas musculosas y sus fuertes

articulaciones. Como todos los individuos que pertenecen á las razas del ganado normando en general, tienen el temperamento linfático. Se ha notado que sobre todo en París se hallaban sujetos á ciertas enfermedades; y por eso, se encuentra aquí un mejor servicio de los caballos llamados del Norte. Se han cruzado las razas de estos caballos normandos con los caballos ingleses, y esto ha corregido el defecto de frente que debían á las alianzas septentrionales; ahora esto ha producido también que disminuida la anchura de las fosas nasales el animal ha perdido algo de su aliento y energía. Los caballos normandos, mas precoces que los limosinos, pueden servir á cuatro años, pero solo á los seis ó siete han adquirido su entero desarrollo.

Como la Normandía, la Bretaña suministra igualmente razas de tiro y de silla. No hablaremos aquí del caballo ligero propio para ser montado que se cria principalmente en una parte del Morbihan y del Finistere y sirve para la caballería ligera como los húsares ó cazadores, y nos ocuparemos únicamente del caballo breton considerado como caballo de tiro. Los individuos de esta raza se crían especialmente en el departamento de las costas del Norte sobre todo en las cercanías de Treguier. Los caballos bretones son precoces; resisten perfectamente la fatiga, son sobrios y forman una buena raza de tiro que se emplea casi exclusivamente para la artillería, los omnibus y las mensajerías. Los vehículos que hacen el servicio de las cercanías de París, donde no hay ferro-carriles, consumen también muchos. Estos caballos bretones viven largo tiempo, hacen buenos servicios como caballos castrados, y trotan bien generalmente.

Al salir de la Bretaña el caballo cauchés nos hace volver á Normandía; como si en efecto, fuera un privilegio de ese país el poseer todos las razas, el país de Caux nos ofrece una que puede considerarse como el tipo del caballo de tiro. Es la mas maciza de las razas francesas, aunque lo sea menos sin embargo, que la flamenca y la holandesa, y menos sobre todo que la raza inglesa del Northumberland. Esta raza se halla personificada, digámoslo así, en el caballo cauchés. Crucero bajo, pecho enorme, espaldas fuertes, robustez en las patas, anchura de grupa, vientre voluminoso, tales son los caracteres distintivos del caballo cauchés, propio para el tiro pesado, pero que nunca se monta.

Esta raza que suministra los caballos de cervezanos y molineros, es tanto mas preciosa cuanto que sin ella habria grandes dificultades para los transportes agrícolas. Todo el país de Caux es muy desigual, y así los labradores se sirven por todas partes de enormes carros largos, bastante bajos y de cuatro ruedas; los caballos van de dos en dos.

El desarrollo de estos caballos se opera activamente; á los dos años ya pueden ganar lo que consumen, y á los cinco son vendidos para el servicio de la capital ó para las necesidades del tiro pesado. Los caballos del país de Caux forman varias clases, ó especies.

El territorio francés posee y alimenta otras muchas razas de caballos no menos preciosas que las mencionadas; de ellas nos ocuparemos sucesivamente.

VALERIANO.

(Continuacion.)

Mi madre no se habia quejado jamás de la penuria en que yo la habia dejado, y no me dió las gracias por el alivio momentáneo que yo la procuraba. Habria debido comprender su reserva, habria debido leer su pensamiento en su silencio; pero yo con mi amor estaba ciego. Creí haber hecho bien no empleando nada para mí de la cantidad que habia aceptado, como si mi madre no formase parte de mí mismo, como si el deber que tenia que cumplir con ella no hubiese sido la primera de todas mis necesidades.

Gracias á ese miserable subterfugio, logré concluir con mi conciencia una especie de tregua, y hallé medio de sostenerme en mi propia estimacion sometiéndome para ganar mi vida á los trabajos mas penosos y humildes. Todos los dias iba mediante un salario á las bibliotecas públicas á tomar apuntes por cuenta de literatos cuya inteligencia despreciaba en mi interior, y copiaba obras que no habria querido componer por ninguna cosa.

Aunque libre por algun tiempo de la preocupacion de las necesidades materiales, no por eso fui mas dichoso ni estuve mas tranquilo; no habia hecho mas que cambiar mi tormento. La inquieta violencia de mi organizacion se fijó entera en otro objeto que hasta entonces no la habia solicitado sino á largos intervalos: tuve celos.

¡Oh! hijo mio: Dios os preserve eternamente de este horrible mal de los celos.

Agata pasaba su vida en medio de los placeres. Cuando hacia buen tiempo, iba á ciertas horas de paseo con su padre ó su tia. Recostada en el fondo de un brillante carruaje llevado por caballos soberbios, recorría rápidamente las arboledas de los Campos-Eliseos y del bosque de Boulogne, y cien ginetes elegantes daban vueltas en torno de su coche. Y yo á pié humildemente perdido en el polvo que levantaban los ricos á su paso, la veia aparecer y desaparecer al mismo tiempo como un sueño, y volvía á encerrarme en mi estrecha y sombría habitacion á pensar en la diferencia de nuestras condiciones, desesperado de mi oscuridad, casi avergonzado de mi

miseria, devorado por la envidia y saboreando largamente la amargura de mis pensamientos.

La noche nos traia, á ella nuevas diversiones y á mí nuevos pesares. Oculto en un portal despues de haber sufrido á veces durante una hora la nieve y el agua, oia como las puertas de su casa se abrian con estrépito y veia otro carruaje tan espléndido como el de la mañana que se lanzaba rápido hácia alguna fiesta cuyo acceso me prohibia la inferioridad de mi condicion, ó hácia algun teatro cuya entrada me cerraba mi pobreza; y luego volvía otra vez á mis cuatro paredes donde me esperaban la tristeza y la soledad, mis huéspedes incansables.

Lo que mas me affigia no era el sentimiento de ver que ella disfrutaba de los bienes en que no tenia yo participacion alguna; pues habria deseado, labrando la tierra toda mi vida, el poderla dar, no solo un lujo parecido al suyo, sino todas las magnificencias de una reina; era mi pensamiento de las comparaciones que ella podia hacer en desventaja mia. Temia esa frivolidad de las mujeres que se deja seducir por las apariencias, esa flaqueza que no sabe defenderse contra el asalto de las impresiones exteriores; temia que Agata, andando el tiempo, deslumbrada con la opulencia que la rodeaba, no acabase por perderme de vista en la sombra en que yo estaba enterrado.

Durante todas aquellas noches que pasaba lejos de mí, mil ideas, mil imágenes á cual mas irritantes, se combatian en mi cerebro delirante.

— En este momento, me decia, en este momento en que yo no puedo pensar sino en ella, quizás ella me olvida; en tanto que ella vive en mí, yo estoy muerto en ella. Adormecida en la embriaguez del placer, su amor no puede defenderla ya de las indignidades de la coquetería. Sin sonrojarse permite que ojos profanos admiren descaradamente los misterios de su belleza; baila, palpita en los brazos de un desconocido, ó bien, despues de haber pasado de mano en mano como un objeto curioso, descansa oyendo las galanterías de un fatuo, y acaso se sonríe.

Y me alarmaba así, porque habia tenido ocasion de medir toda la extension del peligro.

El baron recibia regularmente todas las semanas y daba grandes bailes, teniendo la bondad de convidarme siempre á sus reuniones. Aunque yo me reconviniese vivamente porque engañaba la confianza de aquel hombre venerable, sin embargo, animado por mi loca esperanza en el porvenir, y cediendo además á un sentimiento mas fuerte que todas las reclamaciones de mi conciencia, me aprovechaba asiduamente de su hospitalidad benévola.

Veia, pues, reunida en sus salones una muchedumbre de jóvenes de alto nacimiento y de fortuna, de una entera elegancia y de una distincion inimitable. El hábito de la riqueza y de la superioridad social da á ciertos individuos una especie de aristocracia natural que jamás los otros hombres adquieren. Aun cuando hubiera yo hallado un tesoro, no habria podido figurar con una igualdad aparente al lado de aquellos jóvenes, y ciertamente ni mi trabajo ni mi sordida economía podian procurarme un exterior conveniente cuando me encontraba con ellos en los salones. Y luego mi nombre oscuro; ¡qué mal sonaba en medio de aquellos nombres los mas altos de Francia! ¡Qué desigualdad tan espantosa! Aunque en efecto hubiera estado bien seguro de la superioridad intelectual y moral que en la exaltacion de mi orgullo me atribuía sobre mis rivales, ¡cuántas probabilidades de triunfo sobre mí no les quedaban!

Unos celos desordenados se apoderaron de mi alma agitándola con tanta mas violencia cuanto que no sabia donde fijarse. No estaba yo celoso de uno de aquellos hombres, sino de todos; todos me parecían susceptibles de preferencia, sin que ninguno me pareciese digno. Figurábaseme que Agata no debia permanecer insensible á las seducciones de ninguno de ellos, y me indignaba con la idea de que pudiese distinguir á uno solo. Una ira sorda se iba reconcentrando en mi corazón, próxima á estallar á cada instante; sombrío, inquieto y descontento, lanzaba en torno mio miradas llenas de odio y de amenazas. Habria querido poder desafiar en alta voz á todos los que rodeaban á mi amada ó verla elegir un favorito de quien pudiese hacerme una víctima. Pero ningun acto significativo venia á suministrar un pretexto á mi necesidad imperiosa de violencia, nadie parecia notar siquiera mi agitacion, y mi rabia tenia que consumirse en la impotencia.

Cuando daba parte á Agata de mis tormentos, ella se reia.

— ¡Qué locura! me decia; ¿puedo yo acaso reformar el mundo? Si dependiera de mi voluntad, seriais un príncipe, pero no puedo hacer mas que una cosa y es amaros. ¿No es bastante? ¿No queréis esperar conmigo? Pues bien, decidme dos palabras y obedeceré. ¿Queréis un escándalo en prueba de mi cariño? ¿Queréis que me pierda? Me perderé. En otra ocasion os lo ofrecí y estoy dispuesta á ello; pero luego, ¿qué será de nosotros?

No habia nada que responder; desgraciadamente estaba fuera de duda que yo no podia subvenir á las necesidades de nadie; apenas lograba procurarme yo una existencia triste.

¡Oh, miseria! ¡tú arrojas una cadena sobre todos los deseos, entorpeces todas las audacias, proyectas una sombra sobre todas las luces, mezclas la inquietud en todas las sonrisas y la hiel en todas las lágrimas!

En medio de mis preocupaciones no olvidaba á mi madre, y solo recuerdo no hacia mas que agravar mis

penas; la veia sentada sola al lado de la lumbre llorando mi ausencia; queria correr á ella aun cuando solo fuera para abrazarla y decirle: « Ten esperanza; » pero Agata se oponia siempre á mi marcha, y rechazaba con tanto ardor la idea de una separacion por corta que fuera, que ya no me atrevia á insistir en este pensamiento.

Una noche que me veia triste, me dijo sonriendo: — Sé la causa de vuestro pesar y quiero que desaparezca; os permito que vayais á ver á vuestra madre.

Y como yo la miraba con sorpresa, añadió:

— El impedíroslo era una locura y una crueldad de mi parte. ¿Qué queréis? el amor está lleno de caprichos y de tiranías, debéis perdonarme la falta en favor del motivo: queria reinar sola en vuestro corazón, queria estar segura de que me preferiais á todo lo demás que existe en el mundo, y ahora que me habeis dado esa prueba irrecusable de vuestro cariño estoy contenta y os devuelvo vuestra libertad.

— ¡Toda mi libertad! exclamé yo con espanto.

— No, me respondió con acento cariñoso, únicamente lo que queráis tomar de ella.

Yo la di gracias con efusion y me despedí anunciándola mi marcha para el dia siguiente.

Pero llegó el otro dia y no marché; en tanto que Agata me habia prohibido que me alejara, lo habia deseado ardientemente, pero una vez que me lo permitió no quise hacerlo. La hora de la separacion habia despertado mi desconfianza y avivado mis celos; lleno de presentimientos siniestros sentia que mi gozo cambiaba en alarma y mi gratitud en sospechas cruentas, temia que aquella complacencia inesperada no ocultara alguna traicion.

— Sin eso, me decia, ¿cómo explicar ese cambio en la conducta de Agata? Si el amor es como ella lo afirma, caprichoso y tiránico, ¿puede sin cesar de amarme obrar con respecto á mí de un modo justo y sensato? No; si la pasion es una locura, la razon no puede marchar sin la indiferencia.

Aquella misma noche, decidido á aclarar mis dudas, penetré en su casa de improvisto: queria juzgar de sus sentimientos por el efecto que mi presencia inesperada produciria en ella, pero en vano busqué en su fisonomía el menor indicio de cortedad ó despecho. Me hizo la mas tierna acogida, y su sorpresa pareció muy alegre, ni siquiera se informó de la razon que me habia determinado á quedarme. Viendo que no me dirigia una pregunta, tuve que tomar la iniciativa mintiendo: la dije que habia recibido una carta de mi madre en que me decia que disfrutaba de la mejor salud y me animaba á que permaneciese en París todo el tiempo que lo exigieran mis intereses.

— ¡Pues es una buena noticia para todos! exclamó Agata con el mayor júbilo.

Estas pruebas de cariño no me dejaron del todo satisfecho, y sordo á la voz del deber y de la naturaleza que me llevaban hácia mi madre, no pude resolverme á marchar en todo el mes siguiente.

Pero un dia recibí una carta del viejo facultativo del lugar que no contenia mas que estas cortas palabras: « Venid pronto; vuestra madre está muy mala. »

Esta noticia me dejó como herido de un rayo, pero en breve el exceso del dolor me devolvió las fuerzas. Corrí á casa del baron, le di parte, así como á los suyos, de la desgracia que me sucedia, cambié con Agata una mirada de adiós y me puse en camino.

Habia vuelto la primavera: los trigos principiaban á estar verdes, y los botones de los árboles se entreabrian con los rayos de un sol mas caliente.

El dia de mi llegada el sol estaba magnífico, los campos tenian un aire de fiesta, esto me dió esperanzas. Al aspecto de aquella vida que se manifestaba en la naturaleza entera cesé de creer que pudiese morir mi madre. Sin embargo, al acercarme á la casa me pareció notar que el huerto estaba descuidado, pero esto lo atribuí á la misma enfermedad de mi madre.

Por último, el carruaje llega delante de la casa cuyas ventanas estaban cerradas; antes de que se parase, ya me habia yo apeado. Corro á la puerta, llamo con suavidad, por prudencia, nadie me responde. Llamo otra vez, y me sucede lo mismo; entonces golpeo fuerte, muy fuerte... igual respuesta. Doy gritos... nada: un terror desesperado se apodera de mí; echo á correr como un insensato en torno de la casa lanzando aullidos lastimeros, y luego me detengo guardando un silencio sombrío. Una esperanza vaga me reanima: pienso que mi madre se habrá dormido, y que la enfermera se habrá aprovechado de su sueño para ausentarse un rato. Salto la tapia, tomo un azadon y levanto la puerta que daba al jardín, la cual cae por dentro; me apresuro á entrar: por todas partes la oscuridad y el silencio.

Llamo á mi madre, gritando:

— Soy yo, soy yo, madre mia.

Pero sigue el silencio. Abro una ventana... mi madre no estaba allí... las cortinas y las colgaduras de la cama estaban quitadas. No puedo decirlo lo que sentia... recorri toda la casa, siempre buscando, siempre llamando, pero en vano.

¡Oh! ¡cuánto tarda en morir una esperanza!

Me imaginé que nuestro amigo podia haberla trasladado á su casa para cuidarla mejor, y sin pensar en cerrar puertas ni ventanas corrí hácia el centro del pueblo. Al pasar por delante del campo santo encontré á un sepulturero que conocia; no quise interrogarle, pero no pude menos de mirarle. Me saludó con aire triste y me señaló el cementerio con su mano... Entonces comprendí: mi madre habia muerto.

El abate Pascal se detuvo sofocado por las lágrimas, y

solo cuando pasó un buen rato pudo continuar su historia :

— Fui á ponerme de rodillas sobre aquella tierra fresca aun que cubria todo lo que de ella quedaba en este mundo. Allí pasé llorando muchas horas, hasta que habiendo llegado el momento de cerrar el campo santo me hicieron levantar y salir.

Entonces fui á ver al médico y le pedí que me contara todos los detalles.

En los pocos dias que duró la enfermedad de mi madre, no habia cesado de hablar de mí : me esperaba todos los dias, á cada instante. Cuantas veces entraba una persona en la casa, preguntaba: « ¿Es él? » Mi nombre fué la última palabra que pronunció, y despues de su muerte hallaron bajo su almohada mi última carta arrugada y manchada de lágrimas.

En cuanto á las causas de su muerte, solo habia una, me dijo el médico.

— ¿Cuál es? le pregunté.

— La extenuacion.

— ¿La extenuacion! repetí con dolor.

— Sí, prosiguió el médico. Al principio creí que la habian provocado las privaciones, pero no me atreví á decir nada. Temia que no hubiérais adelantado mucho en París y que vuestra madre que era de una delicadeza tan excesiva, no hubiese preferido sufrir en silencio á recurrir á sus amigos. Pero luego me desengañé, y verdaderamente no sé á qué atenerme en este asunto. Al registrar toda la casa para poner vuestros papeles de familia al abrigo de la curiosidad, encontré en el cajon de una cómoda este bolsillo lleno de oro.

Y al decir estas palabras me presentó la bolsa que yo habia recibido de Agata y que habia enviado á mi madre. Me puse á contar el oro con una presteza febril: los mil francos estaban intactos.

— ¡Ah! ¡miserable, miserable de mí! exclamé con violencia.

Y salí precipitadamente sin despedirme del digno facultativo que me miraba con aire estupefacto sin comprender ni mis acciones ni mis palabras. Yo estaba devorado por los mas terribles pensamientos.

— Mi madre habia adivinado de donde procedia aquel dinero, y habia muerto de hambre ántes que tocarlo.

Encerrado en el cuarto que la habia visto perecer en todas las angustias del abandono y la miseria, pasé una noche horrible.

— ¡Qué noche, Dios mio! todavía tiemblo.

A la otra mañana tomé desesperado el camino de París.

Necesitaba llorar en el seno de la mujer que amaba la madre que me habia amado tanto; buscaba un refugio contra mí mismo, queria pedir á la causa de mi crimen las fuerzas para soportar mis remordimientos; esperaba... pero no, no esperaba nada, me era indispensable la presencia de Agata.

Erá ya bien de noche cuando llegué á París; corrí á mi casa para tomar la llave que me habia dado Agata, y de allí al jardin de su casa. En vano quise abrir la puerta: la llave no entraba. Mirando con atencion vi que habian cambiado la cerradura.

Una duda terrible cruzó por mi mente: ¿habian hecho este cambio sin que Agata lo supiera, ó por el contrario, era ella quien se habia aprovechado de mi ausencia para quitarme al regreso los medios de penetrar á su lado secretamente?

Resolví aclarar esta duda sin tardanza. Ya era muy tarde para que pudiera presentarme en su casa, pero á la otra mañana despues de una noche sin sueño, fui á ponerme de centinela á la esquina de la calle para esperar la salida del baron. Al cabo de esperar muchas horas le ví salir: entré inmediatamente, pregunté por él, y como el lacayo me diera la respuesta que esperaba, le dije que deseaba ver á la señorita, pues se trataba de un negocio urgente. El lacayo me dejó para cumplir su encargo, y volvió al cabo de un instante anunciándome que la señorita, con gran sentimiento, no podia recibirme en la ausencia de su padre.

Esta respuesta que habia previsto no hizo mas que agravar mis sospechas; entonces pedí permiso para esperar al baron, y el lacayo que me conoció se apresuró á introducirme en el salón donde me dejó solo. En cuanto dejé de oír el ruido de sus pasos me dirigí hácia el cuarto de Agata cuya situacion conocia perfectamente.

Entré de súbito: la ventana que daba al jardin estaba abierta, y Agata inclinada sobre la barandilla de hierro, parecia que estaba escuchando. Al ruido que hice para cerrar la puerta se volvió; estaba muy pálida. No pudo contener un movimiento de sorpresa, pero reponiéndose al instante se fué hácia la chimenea donde colgaban los cordones de las campanillas. Yo la cerré el paso y la dije clavando mis ojos en los suyos:

— ¿Qué queréis hacer?

— Llamar, me respondió con una voz alterada, pero sin bajar los ojos.

— Es tan imprudente como inútil, repuse yo; no teneis que reñir al criado, pues ha cumplido con su deber anunciándome que no os dignabais recibirme.

— ¿Entonces cómo habeis entrado aquí?

— Por la astucia, y no me harán salir sino por la violencia. No hagáis el menor ruido si queréis evitar un escándalo y hablemos.

Agata pareció vacilar un instante sobre el partido que debia tomar, y luego me dijo resueltamente:

— ¿Y bien, qué me queréis?

— ¿Qué es lo que quiero?...

Y yo tambien me detuve aturdido por la multitud de pensamientos que agolpaban en mi cerebro. No sabia por donde principiari; temia decir demasiado ó no decir bastante; por fin continué con una calma fingida:

— Lo primero quiero que me digais porque habeis hecho cambiar la cerradura del jardin.

— No he sido yo quien lo ha mandado.

— No juguemos con el sentido de las palabras; habeis dado la idea que es lo mismo.

— ¿Y cómo lo suponeis?

— Lo supongo porque no habeis querido recibirme hace un instante.

— Ya sabeis que no es natural que os reciba en la ausencia de mi padre.

— ¡No es natural! respondí con ironía; no estoy para perder tiempo; dejemos las sutilezas de lenguaje y vamos á los hechos; me engañais.

— ¡Engañaros! respondió como escandalizada; ¡yo engañaros!

Y cambiando súbitamente de expresion, prosiguió diciendo:

— Pero, en fin, ¿á qué viene todo esto? ¿sabeis la verdad?

— ¿Qué verdad? exclamé yo con una curiosidad amarga. Veia que se realizaban mis sospechas, pero deseaba descubrir bajo que forma se presentaria la desgracia que ya no queria evitar.

— ¡Ah! ¿lo ignorabais? repuso con una mezcla de sorpresa y de despecho: no le hace, tarde ó temprano lo habriais sabido, y mas vale que sea por mí que por otra persona. Teneis demasiada cordura para no comprender mi situacion y demasiado honor para querer comprometerla: voy á casarme.

— ¿Casaros!

— Mi padre así lo manda.

— ¿Y consentís en ello?

— Preciso es; ¿qué queréis que haga?

Un instante permanecí anonadado; la ira y el dolor me sofocaban, pero en breve me aliviaron las lágrimas.

— ¡Y yo! exclamé con una voz desolada, ¿qué haré?

— Siento mucho, me respondió, ser causa de esa pena que experimentais y de la cual me compadezco; pero me prometo que no será de larga duracion; otro amor os consolará de la pérdida de este.

— Nunca.

— Siempre se dice eso, pero no es así; aun en este instante todo vuestro corazon no me pertenece.

— Sí, todo, exclamé olvidando mi cólera para no acordarme mas que de mi amor.

— ¿Y vuestra madre?

— Mi madre ha muerto.

— ¡Ha muerto! repitió con espanto.

Un largo silencio sucedió á esta fúnebre exclamacion que despertaba tantos recuerdos. Agata no se atrevia á levantar la voz; yo lloraba. Pero al fin recobré la palabra y continué tomándola la mano:

— ¿Y ahora os casaréis, Agata?

Peró ella retiró su mano y me respondió con una sangre fria glacial:

— Ahora como ántes me encuentro en el deber de obedecer á mi padre.

— ¿De modo que me abandonaréis solo á mi desesperacion, á mis remordimientos?

— Podeis contar siempre con mi amistad, pero...

— Pero no con vuestro amor, ¿no es cierto? ¡Y me lo quitais en el momento en que mas lo necesito, cuando es mi único recurso, mi única esperanza!

Agata no me respondió y yo proseguí diciendo:

— ¿Y habeis olvidado vuestros juramentos? ¿Y todo nuestro pasado grabado tan profundamente en mi memoria ha desaparecido de la vuestra? ¡Agata, Agata! ¿con qué tambien habeis muerto para mí?

Peró continuaba guardando silencio y jugaba con sus cintas de un aire poco satisfecho. Ví que toda esperanza estaba perdida y no contuve ya mas mi indignacion.

— Es inútil que os pida la menor atencion á mis palabras, la dije; preciso es que haya perdido la cabeza para apelar á sentimientos que ya no existen. Vuestro corazon está vacío de ternura, de reconocimiento, de lealtad, de compasion, de todo sentimiento generoso.

Su orgullo herido la hizo salir de su impasibilidad:

— ¿Y porqué ese torrente de injurias? me respondió con el rostro encendido en ira; ¿con qué derecho me las dirigís? ¿En qué las he merecido? Porqué os he amado con desinterés, con abnegacion, comprometiendo por vos mi reputacion y mi seguridad, ¿por eso me acusais de falta de ternura? ¿Me negais la lealtad porqué obligada por la voluntad de mi padre, por las leyes del mundo, por las necesidades de mi porvenir, renuncio á un enlace que á pesar de todas vuestras promesas no habeis sabido hacer posible? ¿Soy yo responsable de que se desvanezcan vuestras ilusiones? ¿No os he dado una prueba de compasion eligiendo el momento de vuestra ausencia que yo creí debía ser mas larga, para realizar una accion tan dolorosa para vos como para mí inevitable? ¿Y por último no la demuestro todavía oyendo la relacion de vuestras penas á pesar de los deberes de mi nueva posicion? En cuanto á la gratitud, la pretension me parece extraña por vuestra parte; me parece que si uno de los dos la debe al otro, no soy yo ciertamente. En amor siempre es la mujer quien da y el hombre quien acepta, y para que la generosidad estuviese toda de mi parte, dió la casualidad que tenia que sacrificaros además de mis deberes, el orgullo de mi raza.

— Hé ahí, exclamé yo interrumpiéndola, una justificacion que no esperaba todavía, lo confieso; una justificacion mas odiosa que la accion misma.

— Eso es muy fácil de decir, repuso con una firmeza imperturbable; yo no veo aquí mas que una cosa odiosa y es el encarnizamiento feroz con que atormentais á una mujer que cede á una fatalidad de posicion mas fuerte que su voluntad y que no tiene respecto de vos otro delito que el de haberos amado. Por otra parte, en lugar de quejarme deberia daros las gracias. Al haceros indigno de la compasion debida al infortunio, me quitaís una carga pesada, y esta triste conversacion tendrá para mí un buen resultado, cual es el de quitarme hasta la posibilidad de sentir lo sucedido.

— Por fortuna, respondí yo, hay sentimientos de muchas clases y las malas naturalezas los pueden experimentar profundos como las buenas. La diferencia no está mas que en la nobleza de los motivos. Los grandes odios son hermanos de los grandes amores. ¿No teneis que os haga sentir mi amor por mi venganza?

— Nada temo, me dijo clavándome los ojos.

— Nada.

— De vos nada.

— ¡Ah! sin duda porque me creéis demasiado bueno para ejecutar mis amenazas.

— Porque sé que no podeis hacer la menor cosa.

— Podría perderos.

— ¿Y cómo?

— Revelando la verdad.

— No os creerán; no teneis pruebas.

— ¿No tengo pruebas? ¿Y la llave del jardin?

— He dicho á mi padre que la habian robado. Pero haced lo que gustéis; por mucho que digais, por mucho que hagais contra mí, vuestros asertos pasarán por calumnias y vuestros ataques serán cobardías.

— ¡Cobardías! ¿Pero no me debeis una reparacion terrible por todo el mal que me habeis hecho? Mi venganza, cualquiera que pudiera ser, no traspasaria los límites de la justicia, y tendria el derecho de inmolarnos á la memoria de mi madre á quien habeis matado.

— ¡Ah! ¿yo soy ahora su verdugo?

— Sí, vos que me obligasteis á dejarla abandonada á los dolores del aislamiento y á las angustias del hambre.

— Me obligais á recordaros que os propuse atender á sus necesidades.

— Ella adivinó de donde venia ese socorro y no quiso aceptarlo; la pobre mujer prefirió morir ántes que deber la vida á una fuente impura, y si lo dudais, aquí está aquel oro infame, contadle...

Y la ofrecí su bolsillo.

— Gracias, me respondió con tono desdenoso; yo no recobro nunca mis limosnas.

Esta frase puso el colmo á mi furor.

— Es demasiado, exclamé, voy á mataros.

Y dí un brinco hácia ella, la cogí en mis brazos y me dirigí á la ventana para precipitarla. Agata estaba tan asustada que no dió un grito ni hizo un movimiento para defenderse: estaba perdida; por fortuna para ella y para mí entró su padre.

A la vista de aquel anciano venerable que ninguna culpa tenia en mi desgracia y á quien iba á sepultar en un luto eterno, mi furor se calmó de repente; dejé escapar mi víctima y me detuve petrificado.

— ¿Qué es eso? dijo el anciano lanzándome una mirada impregnada de cólera y de sorpresa.

— Es que este caballero se ha vuelto loco, le dijo su hija refugiándose á su lado, y que quiere matarme bajo pretexto de que está enamorado de mí.

— ¡Miserable! exclamó el viejo tirando con violencia del cordon de la campanilla.

(Se continuará.)

La Dobrutcha.

Ó PASEO PINTORESCO SOBRE LA CARRETERA TRAZADA POR LOS INGENIEROS FRANCESES ENTRE EL MAR NEGRO, EL DANUBIO Y DE KUSTENDJEH Á RASSOVA.

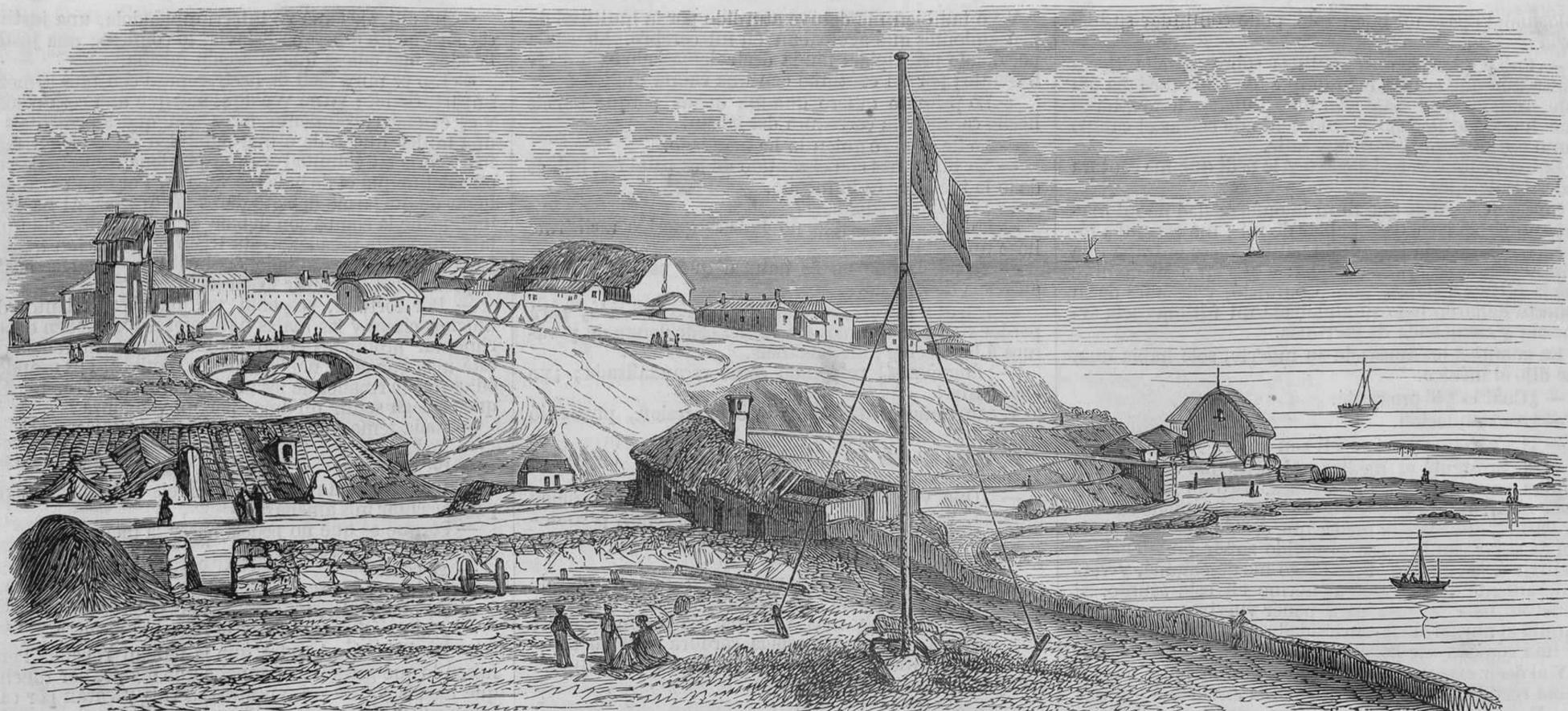
La sociedad civilizada se halla enteramente basada en la organizacion del cambio, y no se consumará la perfeccion social, sino cuando las relaciones humanas sean tan completas y tan libres como pueden serlo. Con relaciones nuevas se fomentan ideas nuevas, las costumbres se modifican, y en breve este progreso tranquilo hace una revolucion naturalmente.

No basta alejar del Oriente esa amenaza eterna bajo la cual gemia; es menester proporcionarle los elementos de nuestra civilizacion, y levantarle hasta nuestro nivel, estrechando los vínculos que nos unen con él y aumentando cuanto nos sea posible nuestras relaciones de toda especie.

Todo el mundo conoce los beneficios inmensos de la navegacion por el vapor en la presente guerra, y su papel civilizador no ha concluido todavía. Muy poco resta que hacer en esta obra, salvo algunas modificaciones en el arancel que deberán poner los viajes al alcance de todas las fortunas.

Peró; cuánto queda todavía por hacer bajo el punto de vista de las comunicaciones terrestres! La mejor de las carreteras de Turquía, la del sultan Mahmud (1), en-

(1) Se llama carretera de Mahmud el camino que signó este sultan cuando se dirigió á las orillas del Danubio. No se hicieron

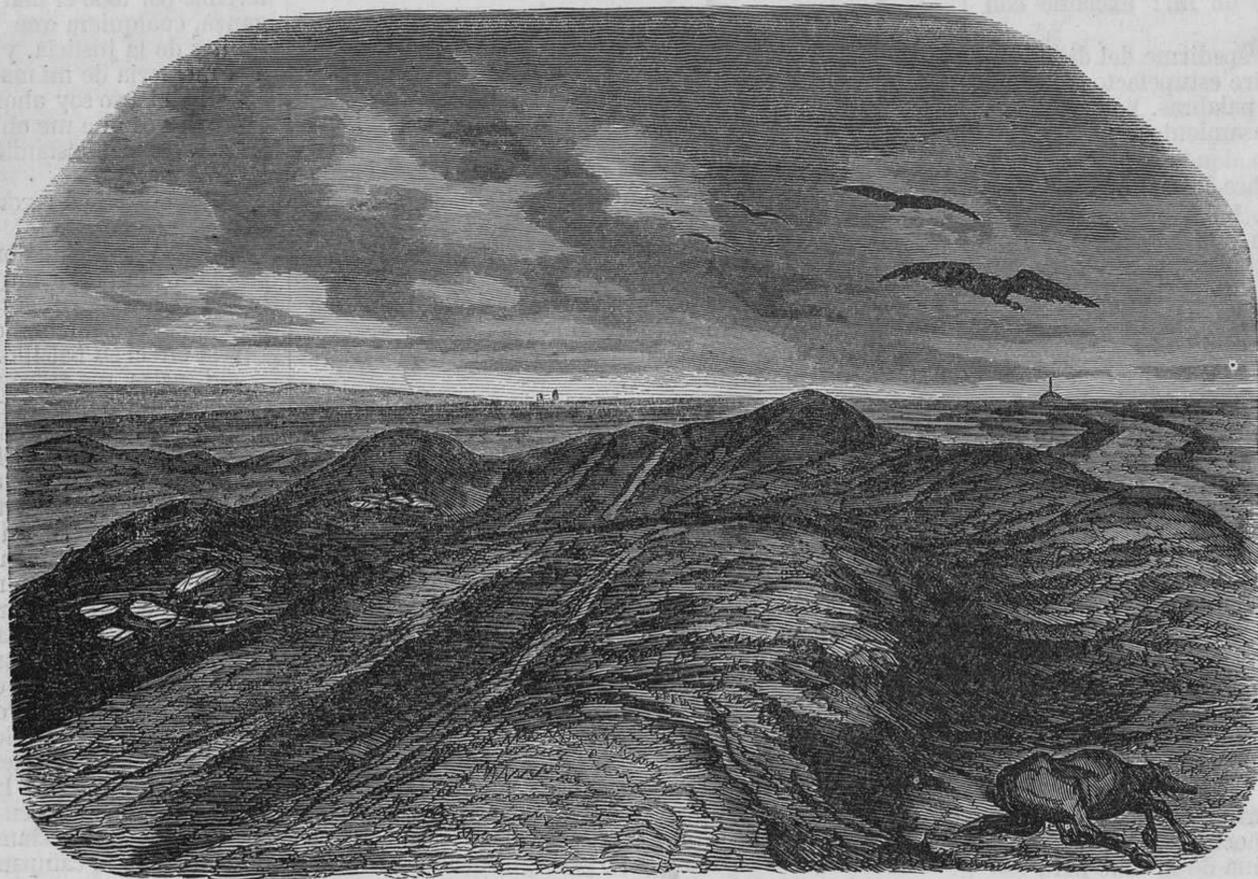


Camino del Danubio al mar Negro, construido per los ingenieros franceses. El puerto de Kustendje.

tre Silistria y Varna, nunca ha existido mas que de nombre, y su huella se hubiera completamente perdido, si la tradicion y algunas piedras conmemorativas colocadas de trecho en trecho y medio destruidas, no conservasen una pequeña reminiscencia. Allí como en todas partes no existe mas camino que el trazado por la rutina ó la necesidad; un simple guijarro basta para desviar un camino turco; la mas ligera lluvia para sumergirle casi siempre. Fácil es imaginarse las deplorables consecuencias que debe traer consigo semejante orden de cosas, tanto para las transacciones comerciales como para las relaciones civiles.

A la Francia le estaba reservada la gloriosa mision de trazar la primera carretera regular en Turquía. En tres meses escasos, léjos de la vista y de la atencion de to-

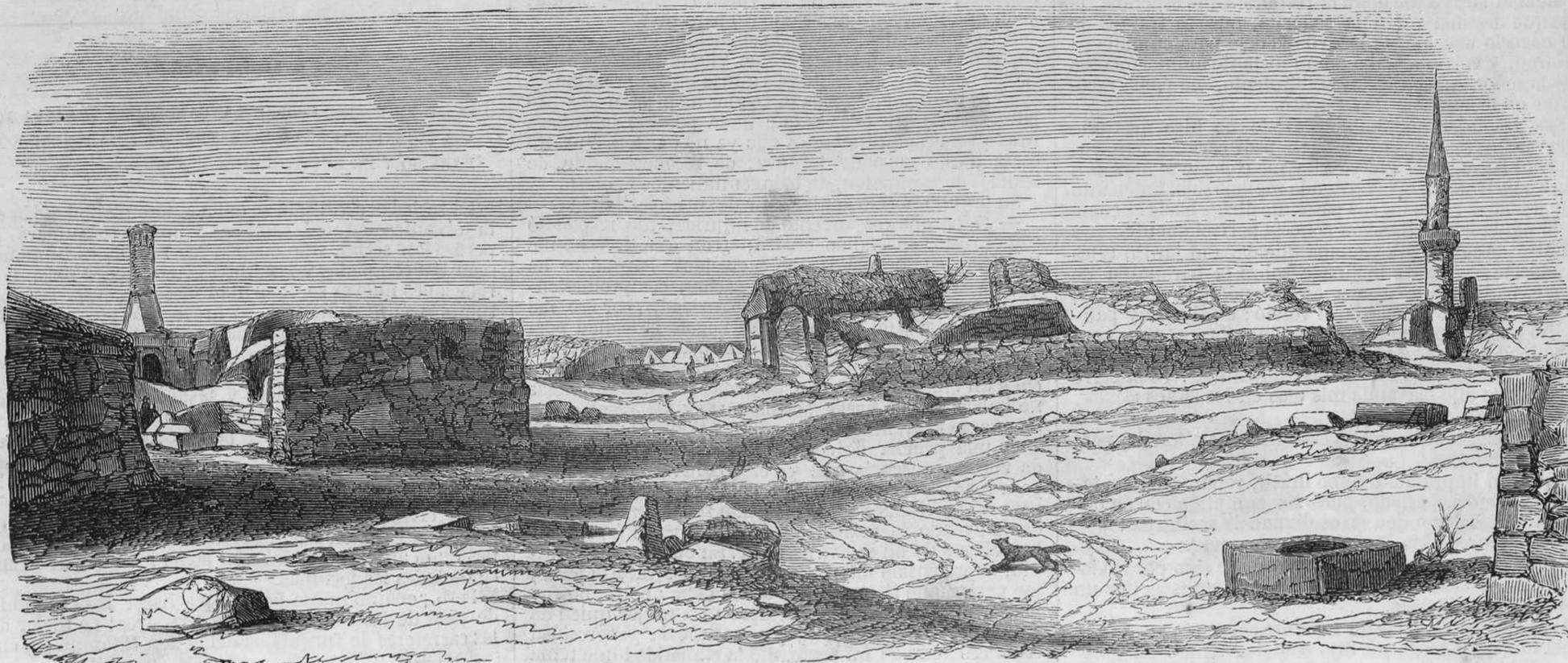
ningunos trabajos en esta ocasion; algunas piedras solamente indicaron la direccion que debia seguirse.



El camino entre los fosos de Trajano.

dos, la inteligencia y los brazos extranjeros han abierto un camino á través de la Tataria-Dobrutcha, entre el mar Negro y el Danubio, de Rassoia á Kustendjeh. Nosotros mismos hemos oido á los turcos, apagando su sed, ellos y su ganado, en los pozos abiertos por los franceses, bendecir á sus nuevos bienhechores, y dirigir al cielo fervientes plegarias por ellos (1). Nuestra presencia ha llevado la confianza á todos los corazones; las poblaciones tártaras y turcas nos tienden hoy los brazos así como ántes nos miraban con desconfianza. Las llanuras están sureadas de convoyes de familias tártaras que vienen á levantar las ruinas de que los rusos han sembrado su infortunado suelo. Apénas podemos imaginarnos la metamórfosis tan completa de que he-

(1) Los pozos y las fuentes en Turquía son siempre fundaciones piadosas, y los que las fundan, no exigen otra remuneracion sino las oraciones de sus conciudadanos.

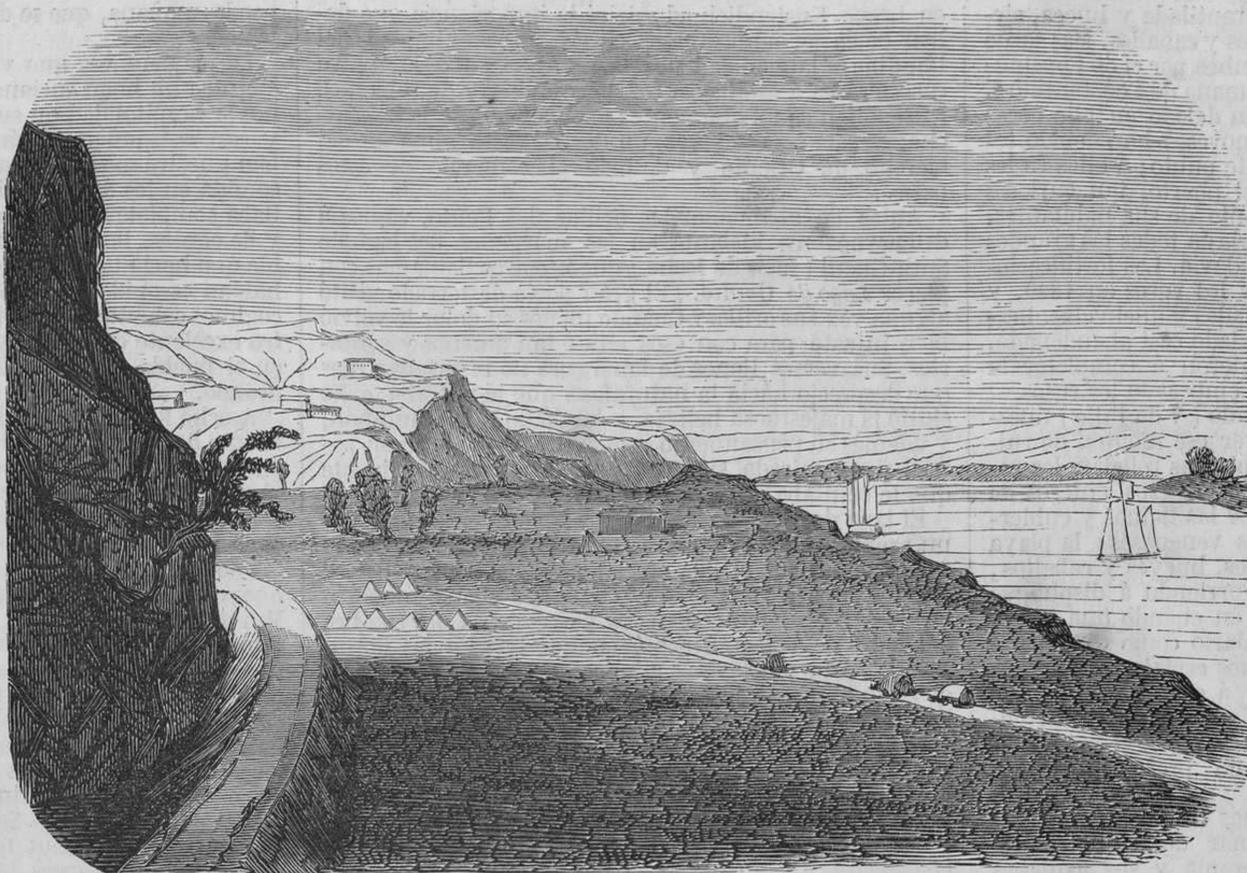


Calle de Kustendje.

mos sido testigos, y vamos á tratar de dar algunas pinceladas sobre este interesante cuadro, describiendo de una manera rápida la parte de la Dobrutcha sobre que se extiende la carretera francesa.

Los geógrafos no están de acuerdo acerca de los límites que deben señalarse á la Tataria-Dobrutcha propiamente dicha. Los turcos designan mas comunmente bajo este nombre la parte de la península danubiana comprendida entre las montañas de Babadag al Este, y al Oeste una línea que pasa por Balchik, Bazardjik y Silistria. En especial, para ellos es todo el país donde no hay árboles. La tierra no pertenece á nadie, ni aun al *beylik* (dominios del Estado); todo el mundo puede establecerse á su antojo y sacar el mejor partido que pueda.

Los tártaros se gobiernan por sus *khans* particulares, y habitan especialmente el interior de la Dobrutcha. Los pueblos turcos están en su mayor parte situados



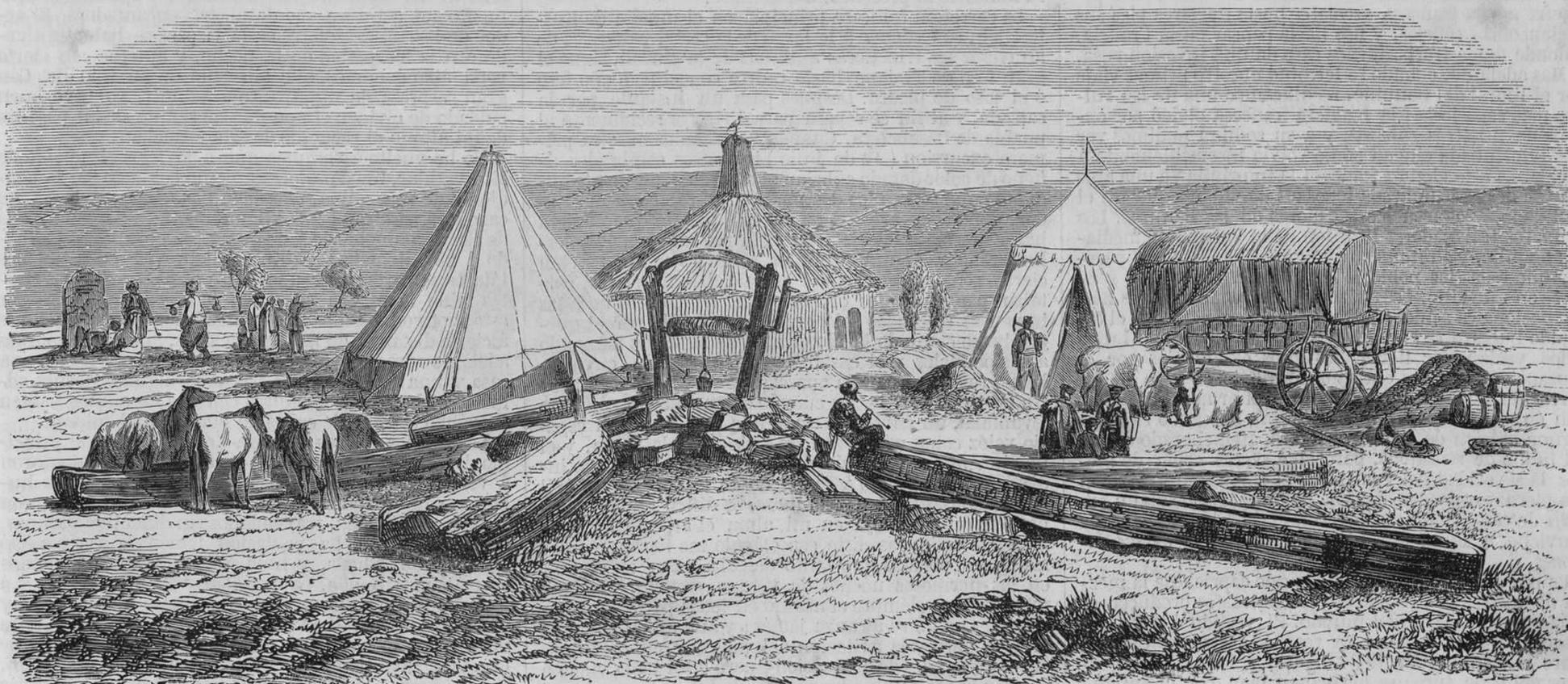
Cuesta á la orilla del Danubio, cerca de Rassova.

cerca de las orillas del mar Negro. La poblacion valaca de las orillas del Danubio es poco numerosa. El *mudirat* de Kustendjeh comprende 33 pueblos, 19 turcos, 9 tártaros y 5 valacos.

Los tártaros son en general hombres de costumbres sencillas y ménos nómadas de lo que cree el vulgo. Sin embargo, se les acusa de bandidos, al decir de los turcos, que no son sus mejores amigos. Los *bachi-bozucks* son los únicos bandidos de profesion que se encuentran por estos países.

Las alturas de la Dobrutcha son generalmente saludables. Las fiebres intermitentes no son endémicas sino en las orillas del Danubio y en las cercanías de los lagos pantanosos. Por lo demás, pensamos demostrar en un trabajo especial, que todo este territorio no merece la reputacion que le han acarreado circunstancias desgraciadas si, pero enteramente fortuitas.

La comarca que los turcos separan de la Dobrutcha

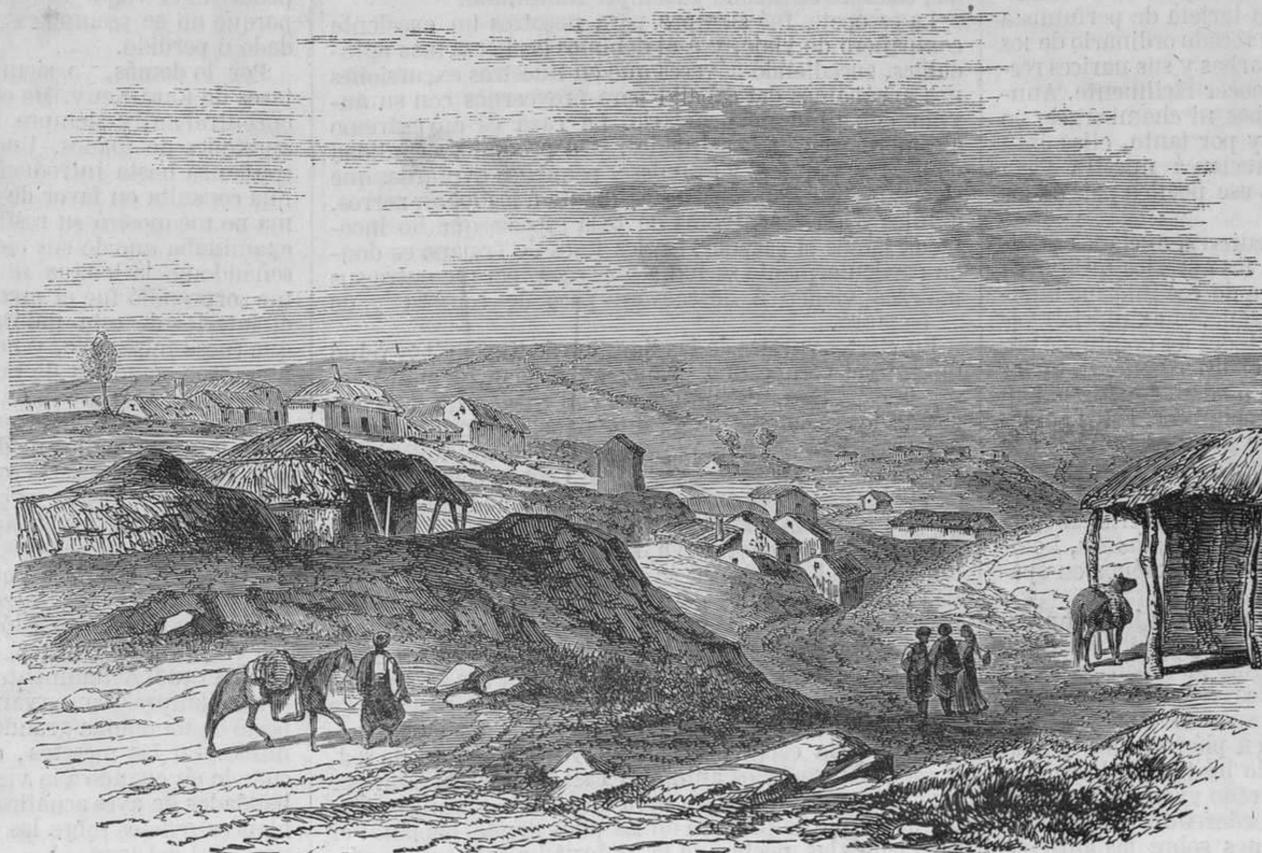


Campamento de la expedicion francesa cerca del pozo de la aldea de Murvat-Lar.

y que se extiende desde los *Bech-Tepé* de Babadag hasta las embocaduras del Danubio, es muy montañosa halla surcada de caudalosas corrientes de agua, y cubierta de bosques y de lagos.

La Dobrutcha, propiamente dicha, si bien ménos entrecortada que la otra comarca, presenta no obstante una cadena de mesetas separadas por valles, muchos de ellos profundos. Las escarpadas orillas del Danubio están cortadas en muchos puntos por grandes valles, cuyo fondo es á veces inferior al nivel del Danubio, y forma los lagos sin desagüe de Kara-Su, de Ieni-Keuy, de Rassova, etc.; sobre las costas del mar Negro hay tambien muchos lagos.

Los valles y mesetas del interior están sembradas de heno presentando como una llanura en toda su majestuosa y monotonica belleza. Lo mismo que en Crimea y en toda la Rusia meri-



Interior de la aldea de Rassova.

dional, hay un sinnúmero de túmulos; algunas ruinas de pueblos, cementerios, y los triples fosos de Trajano llamados impropriadamente muros de Trajano, son las mas veces los únicos indicios del paso de los hombres.

Kustendjeh, punto de partida de la carretera, parece haber desempeñado un papel importante en la antigüedad. Las medallas que hemos encontrado nos inducen á creer que en este mismo sitio ha existido la ciudad de *Tomes*, donde estuvo desterrado Ovidio, y al que las medallas griegas dan el nombre de metrópoli del Ponto. Esta importante antigüedad se halla confirmada por las inscripciones y los fragmentos de columnas y de esculturas. Aquí un friso griego sirve de asiento á un muro romano, allí la escalera de una casa turca está construida con ladrillos romanos; y el pedestal de la estatua de

un emperador de Roma tal vez, mutilada y hueca, sirve para dar de beber á los búfalos y caballos. Mas tarde la ciudad romana cambió su nombre por el de Constantia, porque así se llamaba la hermana de Constantino I. Los griegos del Bajo-Imperio han dejado en ella pocos indicios de su paso; pero los genoveses han debido tener factorías importantes en este punto; á ellos se les atribuye en parte los restos del puerto, tan curiosos aun hoy día, y según el testimonio de sus habitantes, á ellos pertenece también la gloria de todas las grandes obras de que existen vestigios todavía. Las fortificaciones turcas fueron destruidas por los rusos en 1829, y casi todas las casas fueron arruinadas y quemadas. Desde esta época Kustendjeh ha quedado casi abandonado, y en 1854 los bachi-bózuks vinieron á completar la obra de destrucción que habían empezado los rusos.

Cuando escribíamos este artículo (7 de julio) nuestro corazón se llenó de dolor al ver ese montón de ruinas solitarias, cuyas silenciosas piedras reflejan los rayos de un sol abrasador; veíamos lienzos enteros de murallas ennegrecidos todavía por las llamas y cubiertos por todas partes de plantas venenosas; la playa sembrada de esqueletos de búfalos, bueyes y caballos, y algunos perros hambrientos corriendo á disputarse esos inmundos despojos. De vez en cuando una mujer turca cubierta con su blanco sudario como una aparición fúnebre, parecía como que nos espía á través de las hendidas de las ruinas; y á este sombrío cuadro venían á dar la última pincelada dos ó tres hermosos chiquillos que por su viveza y por los colores brillantes de sus vestidos eran una protesta viviente contra la muerte.

Nosotros nos instalamos en unas ruinas cuya fachada miraba hacia la Francia. El mar desarrollaba ante nuestra vista su magnífico panorama y sus azuladas corrientes dibujaban mil arabescos fantásticos. Inmóvil y solitaria como nosotros en medio del golfo, una pequeña goleta francesa arrojaba hasta nuestros pies sus melancólicos reflejos, y nos hacía pensar en la Francia, á donde debía trasportarnos caso de una invasión rusa.

Mas adelante, cuando se terminó nuestro primer viaje por el litoral del Danubio, reedificamos una de las ruinas mas espaciosas; la bandera francesa ondeó por encima de nuestras cabezas, y á su sombra pudimos ver esta infortunada ciudad cómo volvía insensiblemente á la vida. La intendencia francesa la imprimía ya una animación desacomtumbrada todos los domingos, que era el destinado á pagar á los segadores de las llanuras. Los primeros trabajadores llegaron de la Valaquia á mediados de julio, y su número aumentó rápidamente: parecía que todas las poblaciones de Oriente querían reunirse en este sitio. Los valacos se entregaban á sus bailes nacionales, mientras que el ruso, el cosaco y el estúpido búlgaro se emborrachaban con *raki*, y en breve todos yacían por tierra, los unos extenuados por el cansancio, los otros embrutecidos bajo el peso de su borrachera. El griego, el judío y el armenio se agitaban en medio de esta muchedumbre buscando siempre alguna ocasión de lucro; el tártaro, atrincherado detrás del humo de su *chibuk*, parecía á veces echar de menos la severidad del Profeta, y el impasible turco con sus piernas cruzadas, delante de la puerta de algun *cafedji* de condición humilde, conservaba la seriedad que conviene á aquel que *termina las disputas de las naciones*.

Es por demás curiosa á la vez que caprichosa la mezcla de todos estos trajes, cuyos contrastes producen el efecto mas gracioso del mundo. El vestido blanco del cosaco, bordado de color de rosa, se destaca con gracia sobre el tosco vestido del búlgaro, y los brillantes colores del traje turco se hermanan bien con el antiguo vestido del valaco de interesante fisonomía.

Pero lo que merece particular mención es el chambergo de paja, adornado con una tarjeta de perfumista ó de corsetera de París. Este es el tocado ordinario de los cosacos, á quienes sus grandes barbas y sus narices respingadas y avinadas hacen reconocer fácilmente. Aunque sus mujeres no gastan barbas ni chambergos, no por eso son menos asquerosas; y por tanto, ellas eran las primeras mujeres que se ofrecían á nuestra vista desde nuestra llegada á Oriente, ese poético país de las *huris* y de los *amores*.

Pueblos enteros de cosacos, mujeres, ancianos y niños, habían venido á trabajar en los aprestos militares; y no es fácil el poder dar una idea de ese informe montón de carne humana, cuya vergonzosa exhibición venía á presentarse á nuestros ojos todos los domingos por la mañana, día destinado para el aseo general. Todos los individuos, de cualquier sexo ó edad, se entregaban al mismo tiempo á sus lavados recíprocos. Estas poblaciones poseen seguramente lo que se llama la inocencia del vicio, pero carecen enteramente del sentimiento del pudor mas elemental.

Hé aquí el espectáculo que los pueblos cristianos de la Turquía ofrecen con frecuencia á los otomanos, hombres de costumbres tan rígidas, cuando ménos en apariencia.

Luego que se terminaron los trabajos de las llanuras, todas estas familias desaparecieron; pero la actividad llegó á su colmo mientras duraron la construcción de las hacinas de heno y las obras de terraplen de la carretera. La calma y el silencio han sucedido á la agitación y al movimiento, pero quedan en pie todas las tiendas que se levantaron á la llegada de los trabajadores. Las familias turcas que habían emigrado vuelven á sus hogares. La intendencia y los proveedores del ejército han hecho construir grandes almacenes sobre las antiguas ruinas; y si la causa de la civilización queda victoriosa,

en breve Kustendjeh adquirirá la importancia que deben darle su admirable posición, su proximidad del Danubio y la facilidad de las relaciones que la nueva carretera va á establecer con las provincias danubianas. Kustendjeh es forzosamente el solo puerto de la Dobrutcha, y este será tal vez un día el vasto almacén del ejército de Oriente y de todo el comercio de estos países.

Antes de abandonar las orillas del Ponto, vamos á detenernos un instante en las márgenes del lago de Suth-Gueul (lago de leche) que nosotros llamamos con placer *Lago de Ovidio*. ¿El gran poeta desterrado visitó alguna vez sus orillas? Cuando ménos su dolor le volvió bien injusto para con esos sitios tan amenos y solitarios. Sus versos llenos de amargura no respiraban mas que desprecio hacia la naturaleza que le rodeaba. « No sintió la majestuosa belleza, » ha dicho M. de Humbolt; y además su pensamiento estaba enteramente en su patria, y su mirada siempre clavada en ese horizonte que le ocultaba á Roma y á la corte de Augusto.

El lago de *Suth-Gueul* se halla separado del mar por un arenal muy estrecho á través del cual desbordan sus aguas. A sus orillas crecen grandes cañaverales, y por todas partes sus cristalinas ondas vienen murmurando á estrellarse contra los peñascos. A la sombra del sauce de *Pollas*, único árbol que hay en las llanuras, la vista del lago es admirable; sus grandes rocas de creta blanca despiden á lo lejos sus largos reflejos, á los cuales se juntan armoniosamente los de los árboles de la pequeña isla, á que hemos dado el nombre de *Isla de Ovidio*. Uno de nuestros amigos de París que ha venido durante algunos días á amenazar nuestro destierro, ha buscado en vano la tumba del poeta bajo las grandes enredaderas de la isla solitaria. Una imagen de la *Panagia*, fijada en un árbol, encima de la choza de un pescador búlgaro, fué el único vestigio que pudiera indicarle la presencia del hombre.

La carretera francesa principia en el muelle de Kustendjeh, se extiende á lo largo de la costa, y después de atravesar las trincheras antiguas de la ciudad, sigue el gran foso de Trajano hasta unirse con el pequeño foso ó el foso de piedra. Después pasa un instante por la calzada, y al fin se separa para dirigirse rectamente al pueblo de Hasanchya. Cuando verificamos nuestra primera excursión (12 de julio) inmensos sembrados de heno de color dorado cubrían el terreno ligeramente ondulado que separa los dos pueblos. El calor era abrasador, y nada se presentaba en este paisaje que pudiera hacer descansar la vista fatigada por una luz tan deslumbradora. Algunos túmulos, sobre los cuales se veían ciertas señales puestas por los oficiales austriacos, cortaban por intervalos el horizonte. El silencio de estas inmensas soledades solo era interrumpido por el quejumbroso canto de la alondra, el de la perdiz llamando á sus polluelos y el castañeteo de la cigüeña, cuya cabeza grave y venerada aparecía con frecuencia por entre las altas yerbas. De cuando en cuando un pájaro se levantaba, un gabilan ó un águila real hendía el espacio veloz como una flecha cayendo sobre la tierra, y el movimiento precipitado de las espigas y del heno indicaban la agitación y el miedo de la parte mas débil de los habitantes de las llanuras. Es difícil pintar la impresión que produjo en mi alma el aspecto de estas praderas solitarias. Este espectáculo me hacía recordar las largas veladas que tanto deseaba pasar en el mar en las hermosas noches de verano, contemplando ese rayo de luna siempre el mismo en todas partes, ese horizonte que no se alcanza jamás; y aun allí el ruido de la maniobra y la agitación del puente eran continuados manantiales de distracción; pero aquí nada viene á animar la majestuosa monotonía de las llanuras sino el silencio y el lúgubre gemido de los vientos. ¡Solo Dios es así, siempre el mismo y siempre inmutable!

La escopeta fué siempre para nosotros un excelente compañero de viaje, y á él debimos las horas mas agradables, sucediendo á veces que en nuestras excursiones nos apeábamos del caballo para proveernos con su auxilio del alimento necesario. La caza es en extremo abundante en estas soledades, y la prodigiosa cantidad de liebres, perdices y grandes y pequeñas avutardas que se encuentran, abastecen fácilmente á los lobos, zorros, águilas y aves carnívoras de toda especie que no incomoda jamás el cazador. En los fosos de Trajano es donde particularmente se halla mas caza, porque entre sus malezas vienen á buscar un poco de sombra y de frescura.

En ciertos parajes de las llanuras de Kustendjeh reinó durante el verano una grande animación, y al atravesar la carretera, distinguíamos con frecuencia las chozas de los segadores de la intendencia francesa. Grandes provisiones de heno (mas de 70,000 quintales) pudieron hacerse para el ejército de Crimea con el auxilio de pueblos enteros, cosacos y búlgaros que habían venido á ofrecer sus servicios á la Francia.

El pueblo de Hasanchya, situado como á unos 12 kilómetros de Kustendjeh, se compone solamente de algunas miserables chozas de madera, cubiertas de cañas, y muchas están en parte abiertas en la tierra. No obstante, nos teníamos por dichosos de poder encontrar en ellas un poco de frescura, porque el calor era á veces insostenible. Hemos visto con frecuencia los brocales de los pozos y sus alrededores enteramente cubiertos de pájaros de toda especie ijadeando y muriéndose de sed, y estos desgraciados animales casi se dejaban pisar por los caballos y los bueyes para disputarse algunas gotas de agua que salpicaban de las pilas donde bebían. Por otro lado, las noches de la Dobrutcha son extremadamente frescas y húmedas, y el rocío es tan abundante

por la mañana, que se diría que había llovido durante la noche.

La primera vez que visitamos Hasanchya, salió á recibirnos un buen anciano turco, que después de ofrecernos la hospitalidad en su *borde*, nos trajo leche, huevos y *carpus* (sandías.) Mientras que los asistentes preparaban nuestro modesto almuerzo, fuimos á buscar nuestra comida en los agujeros de una vieja pared, que se hallaba completamente oculta entre un bosque de cicuta y de cardos, llevándonos hacia ese sitio el ruido increíble que hacía una bandada de mirlos encarnados que la habían escogido por vivienda. En ménos de media hora cogimos ochenta ó cien mirlos jóvenes, con los que nuestro excelente cocinero Tott supo hacernos por la noche en el pueblo de Murwathlar el mas delicioso *pilaf* del mundo.

A ocho kilómetros de Hasanchya se encuentra el pueblecito de Omurdcha, que la carretera actual deja un poco á la izquierda. A pocos kilómetros de Omurdcha, por el sendero mas frecuentado, se llega al pueblo de Murwathlar; cuando llegamos, el sol tocaba á su ocaso. En torno de unas miserables casas de tierra cubiertas de bálago, coronadas todas de nidos de cigüeña, los bueyes y caballos pacían tranquilamente. El pueblo de Murwathlar fué el único que ofreció á nuestra vista algunos árboles mezquinos y achaparrados. Como en los tiempos bíblicos, su población que en su totalidad se compone de pastores, se reúne por la tarde al rededor de los pozos mientras beben los ganados. Nuestra presencia excitó la curiosidad general; me parece ver aun todas aquellas estúpidas figuras de los mogoles colocadas en torno nuestro, sin perder de vista ni uno solo de nuestros movimientos. Sentamos nuestros reales al lado de un pozo, y fijamos nuestras tiendas, que probablemente no aseguramos bastante bien, puesto que una horrorosa tempestad las arrancó en parte durante la noche. El día siguiente fué magnífico, y nuestro campamento tenía un aspecto de alegría encantadora. El ardor de los rayos solares de la víspera se había mitigado con la tempestad de la noche, y aunque con cierta pena abandonamos este albergue de un solo día. Con gran sorpresa de nuestro guía Achmet, yo tuve buen cuidado de olvidar el apuntar sobre una de las páginas de mi álbum el recuerdo de esta jornada.

No he vuelto á ver mas que á lo lejos el pueblo de Murwathlar, muy pintorescamente colocado en la pendiente de una colina, *adornado por algunas malezas*. La carretera pasa como á 3 kilómetros, á la derecha ántes de llegar al pueblo de Kara-Keuy (pueblo negro) situado á 28 kilómetros de Kustendjeh. Todos los pueblos tártaros se parecen los unos á los otros, y en todas partes reina la misma suciedad, la misma miseria; por este motivo teníamos buen cuidado de acampar siempre á cierta distancia de las habitaciones. Sin embargo, mas adelante vimos en Kara-Keuy, un relevo de posta, una casa y una cuadra, y allí pasamos algunas noches admirables bajo las colgaduras con que las arañas habían adornado el techo de cañas de nuestro alojamiento.

Los buenos tártaros de Kara-Keuy parecían al principio desconfiarse de nosotros; pero luego que empezaron á vernos con mas frecuencia, y sobre todo cuando hubieron examinado nuestras armas, nos recibieron con mucha cordialidad, trayéndonos sin dificultad gallinas, huevos y leche. La población femenina permaneció siempre mas adusta, y huía á todo correr cuando nos acercábamos á ella. La primera vez que llegamos á Kara-Keuy, nos encaminamos primero á los pozos, y todas las mujeres que sacaban agua, huyeron á nuestra vista; pero una de ellas, una negra ménos tímida que las otras, tuvo tiempo de quitar la cuerda y el caldero. Nos moriamos de sed como Tántalo, y juramos, tal vez un poco tarde, que no nos sucedería mas. En Turquía es prudente el viajar siempre con un *talabatic* completo, porque no se reemplaza fácilmente un utensilio olvidado ó perdido.

Por lo demás, yo siempre miré con afecto á los tártaros de Kara-Keuy. Me conocían donde quiera que me encontraban, y siempre había *chimbachi*, *salamaleks* y apretones de manos. Uno de ellos llevó cierto día su confianza hasta introducirme en su haren, y pedirme una consulta en favor de una joven clorótica. La enferma no me mostró su rostro sino á medias: mientras yo examinaba uno de sus ojos, ella ocultaba el otro, y enseñándome la lengua se cubría la nariz. Lo que mas me sorprendió fué el aseo y el orden que reinaban en el interior de esta habitación tártara. Nada había allí que fuese miserable, y no fué poca mi sorpresa al ver una cama como las de Europa y un estante con libros. Mi primera idea fué la de examinar estos últimos; pero como se suscitara entre nosotros un ligero altercado sobre algunos detalles medicales que yo pedía á la mas anciana de las mujeres explicando mi petición por medio de flores retóricas turcas de nuestro *terdjiman-bachi* (intérprete en jefe) M. Kazaki, perdí de vista la biblioteca tártara.

Al separarse de Kara-Keuy, la carretera toma la dirección de las elevadas mesetas que se extienden en un espacio de mas de 16 kilómetros entre este último pueblo y el valle de Ivernez, donde mas tarde se construyó un albergue. Actualmente hay una guardia de soldados.

Las llanuras conservan su mismo carácter y su aspecto de monotonía grandeza hasta las cercanías del Danubio. En las mesetas, el lago de Kara-su forma de cuando en cuando á la vista algunas lontananzas; y las bandadas de aves acuáticas arrojan por todas partes sus blancos reflejos sobre las *aguas negras* (Kara-su, Tchernavoda) del lago.

Al mes de nuestra llegada á la Dobrutcha, una tarde

que estábamos acampados en Kara-Keuy, todo el horizonte apareció iluminado por el Oriente, y una columna de humo espeso y negro se elevó de las encendidas orillas del lago Kara-su. Es imposible dar una idea de esos inmensos incendios que un día ocasionan el rayo, una chispa de *tchibuk* ó la hoguera de un bivac, y que duran meses enteros ocupando á veces una extensión de mas de cuarenta leguas cuadradas. Nosotros hemos visto tambien el fuego empezar á las orillas del Danubio, y llegar hasta las escarpadas rocas de Kustendjeh, destruyendo todo cuanto encontró á su paso. La intendencia francesa perdió en un día trescientas hacinas de heno que habia reunido en las llanuras.

Después del incendio, el aspecto del país cambia casi completamente; el fuego descubre las piedras sepulcrales, las ruinas que están á flor de tierra, los esqueletos de animales de que se halla cubierto el suelo en ciertos parajes, y dibuja mil caprichos fantásticos, segun la dirección que le dió el viento; pero la vegetación no tarda en despertarse, y la alfombra que cubre la tierra participa de todos los matices posibles entre el negro de azabache y el verde mas delicado.

En cuanto se baja á los valles que corren hácia el Danubio, la naturaleza toma un nuevo aspecto, y hay entre Kustendjeh y Rassoza toda la diferencia que separa al Oriente del Occidente. Aquí nada recuerda ya aquella luz brillante á veces esparcida con tanta profusión. Las sombras que se abrigan en las desigualdades del terreno próximo al Danubio se disipan suavemente con la luz en una atmósfera vaporosa. Los brillantes contrastes, los efectos imprevistos de la luz oriental ceden el puesto á esa tinta melancólica y armoniosa de la naturaleza del Norte. El valle de Ieni-Keuy con su lago que baña verdes peñascos; el de Kara-Manché con los mil colores de su vegetación de otoño, me hicieron siempre pensar en el Occidente.

Grandes trabajos se han ejecutado para atravesar la garganta que separa los valles de Ieni-Keuy ó Ivernez y de Kara-Manché. A la extremidad de este se extiende una cuesta de tierra á lo largo del Danubio y pone el camino al abrigo de las crecidas del río. El brazo majestuoso del Danubio corre sobre 600 metros de anchura entre las islas pantanosas y montañas de la Valaquia y los altos peñascos turcos de formas pintorescas y variadas. Sobre una de estas colinas fuertemente inclinada, la aldea de Rassoza extiende sus casas miserables y sus cuevas; grandes barcas de forma antigua estacionan ordinariamente en este punto sobre las orillas del río; el ganado anda pastando en la pradera estrecha que forma el Danubio cuando el agua está baja, y el pescador valaco con sus anchas redes completa uno de los paisajes mas poéticos que pueden verse en el mundo.

Rassoza fué en otro tiempo, segun dicen, una ciudad, aunque pequeña, muy animada; pero los rusos y los bachi-bozucs consumaron en ella su obra de destrucción y de muerte. Los habitantes turcos han desaparecido casi todos. La población valaca que subsiste casi sola demuestra aquí como en todas partes esa inteligencia que en tan alto grado la caracteriza.

Fuimos recibidos en Rassoza por el jefe de la aldea, *tcherbadji* (jefe de la sopa, el que debe dar la sopa); una familia recibió inmediatamente la orden de cedernos su habitación, pero nos alojamos bajo la tienda durante los calores, pues las casas se hallan tan llenas de insectos de todas clases, que no hay posibilidad de vivir en ellas en ese tiempo. Sin embargo, no estábamos completamente al abrigo de nuestros enemigos bajo las tiendas; además por la noche, los lobos venían á cazar puercos junto á nosotros. Entonces los innumerables perros de Rassoza se ponían furiosos; los animales de todas clases se coaligaban contra el enemigo comun, y no es posible dar una idea del estrépito y la algazara que se armaba. No se podía dormir, pero al menos nos consolábamos con la idea de la buena comida que al día siguiente nos esperaba para hacernos olvidar el insomnio de la noche. No contábamos con mas carne que la que podían suministrar los muertos y los moribundos que hallábamos por la mañana sobre el teatro de esos grandes combates. Los buenos valacos jamás habrían tenido corazon para matar un buey ó una vaca en buena salud. Rassoza era por lo demás el punto donde se podía vivir mas fácilmente. Allí habia *rakio* (aguardiente de grano) y vino agrio sino corrompido; pero el Danubio suministraba una pesca siempre abundante y buena.

Nuestras relaciones con los habitantes del pueblo fueron generalmente bastante amistosas, y muy á menudo á la vista de las francas fisonomías de los habitantes, de sus trajes de la Baja-Bretaña y de sus bailes nacionales, creímos hallarnos en medio de nuestras aideas de Francia.

La población se mostró al principio un poco reservada con nosotros; pero esta especie de desconfianza desapareció en breve, cambiando en afabilidad sobre todo después del baile campestre con que celebramos la toma de Sebastopol, y en cuanto aquellos buenos valacos pudieron convencerse de que no éramos paganos, como les habian dicho sus popes. Algun tiempo después de nuestra llegada, la campana de la iglesia de la aldea, que durante tanto tiempo estuvo silenciosa, daba los toques de oraciones. La bandera francesa proyectó su sombra tutelar sobre la aldea valaca lo mismo que en la ciudad turca. Los emigrados vuelven de todas partes, se elevan nuevas casas y Rassoza tiene hoy una animación, una alegría que hemos visto nacer y que va en aumento. Muchos comerciantes acuden á establecerse, los proveedores del ejército elevan grandes almacenes en cuyo derredor se agrupan muchos *arabas* destinados á transportar á Kustendjeh las provisiones del ejército.

Los vapores del Danubio estacionan ahora delante de Rassoza, y todo promete á esta población una grande importancia, si, como es de esperar, no se crea ningun obstáculo á la saludable influencia de la Francia. Un pobre campesino valaco me decia, al ver la prosperidad creciente de Rassoza: « ¿Qué sería de nosotros si ahora nos dejaseis? »

C. A.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La elegancia durante la cuaresma. — Esplendores de la « media-cuaresma. » — Las fiestas empolvadas del gran mundo. — Sobre las modas nuevas. — Preparativos para Longchamps. — Trajes de montar á caballo. — Las mangas anchas, los fracs abiertos, el pantalon á la inglesa y los paletós de primavera. — Historia de un desafío entre un escritor y un granadero. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de máscara y de sociedad de paseo.

¿Qué hace la elegancia durante la cuaresma? Baila todavía, pues se dan grandes reuniones para desquitarse de los bailes perdidos. El carnaval ha sido tan triste, tan corto, que parecia decir: « Esto y nada todo es uno. » Y efectivamente no ha habido tiempo para nada. De cuando en cuando se señalaban algunas fiestas en la corte y en algunos salones aristocráticos, pero ahora no hay tiempo que perder: después de la cuaresma vendrán las solemnidades de la primavera, las fiestas de la naturaleza, los sports en Longchamps, las carreras de Chantilly y de la Marcha. Después de la cuaresma, si ayuda la estación, se pensará en salir á disfrutar del campo, del aire y de las flores, ó de marchar á alguna de esas fuentes privilegiadas cuyas aguas devuelven á menudo la salud que nunca se perdió. Paris se halla pues brillantísimo en este momento: los bailes, los teatros y los conciertos están muy animados. La fiesta de la *media-cuaresma* ha sido el único día del carnaval de este año; las lavanderas y las verduleras de Paris saben divertirse: se llegaron á contar filas de 50 carruajes todos adornados de flores y de banderas. En cada carruaje habia una reina con vestido blanco de muselina ó de merino y coronada de flores.

Aquella noche habia recepción en casa del rey Jerónimo, en casa de la princesa Matilde, en casa de M. de Walewski y de M. Fould. El « baile empolvado » de madama Lehon hizo furor. Y digo empolvado porque seriamente se piensa volver á los antiguos polvos en el gran mundo. Las Tullerías dieron ya la señal, pues en las últimas fiestas se vieron muchas señoras bonitas todas en traje de Luis XV. La princesa de H... llevaba no solo los polvos sino tambien los lunares postizos como en tiempo de madama de Pompadour, y eso que el baile de Tullerías no era de trajes.

Pero en casa de madama Lehon era muy distinto: el traje era de rigor. Mma. de C... iba de Norma, madama J... Maria de Letzinska. Una jóven rusa, nieta de la célebre Shruddener, y una inglesa, pupila de una amiga de la Emperatriz, llevaban polvos. Todos los hombres que no llevaban traje iban de dominó. El señor conde de N..., director de los Museos, era quizá el único hombre que se habia libertado de la ley general.

En la intendencia militar de la calle de Verneuil, en casa de la señora baronesa de B..., se representó el *Caprice*, entre la dueña de la casa y un brillante oficial agregado á la casa militar del príncipe Napoleon.

En todas estas fiestas del gran mundo el traje de un elegante tiene que estar bien estudiado. Sobre todo la camisa que tanto descuida el vulgo, ha de ser de una riqueza extraordinaria, el chaleco de una tela preciosa y el frac de fantasía y de un estilo elegante.

Pasemos ahora á las modas nuevas. Todavía no hay nada de bien positivo, pues hasta después de Longchamps no sabremos definitivamente cuales son las novedades de la elegancia: pero entre tanto, cuando el tiempo es bueno, se ven en el bosque de Boulogne y en la avenida de la Emperatriz arrogantes ginetes en traje de primavera. El traje de montar conserva siempre el género inglés: fraquecillo holgado de paño verde de corte con cuello y solapas hasta el tercer ojal y faldones cortados de modo que queden aplastados sobre las caderas. Las mangas son un poco anchas por arriba.

Se cree que los fracs abiertos van á estar á la moda con el fin de que se vean la camisa y el chaleco en toda su coquetería. Los fracs abiertos traerán sin duda las pecheras lujosas, y los chalecos tendrán que tomar nuevas formas y ser de tela mas rica y mas variada. El traje de los hombres debería seguir las huellas del de las señoras.

Sin embargo, los pantalones parece no quieren salir de su forma ordinaria. Hay sí algunos elegantes que persisten en llevar pantalones mas anchos y absolutamente derechos, lo que llama vulgarmente « pantalon á la inglesa, » pero estos no hacen ley y no pueden citarse aun como novedades de Longchamps.

El paletó de primavera no es mas ancho que lo suficiente para que se pueda llevar debajo un frac ó una levita. Es siempre el género tweed de satín muy ligero, forrado enteramente de seda con cuello y solapas tambien de seda. Las mangas no llevan bocamangas, pero sí una pequeña abertura redonda.

Hé ahí todo lo que se sabe de las novedades de la primavera, hasta que Longchamps nos muestre los carruajes, las libreas, los tiros de caballos á la moda y los trajes del día.

Pero ya que nada sé con respecto á fracs, chalecos y levitas, contaré una anécdota que ha llegado á mis oídos. — Un jóven crítico, que es sin embargo de un humor patriar-

cal, se acaba de hallar en un apuro. Tratábase simplemente de un duelo, y los críticos prefieren la pluma á la espada para batirse.

Una mañana de estas últimas llaman á su cuarto, abren la puerta y aparece un sargento de granaderos.

— ¿M. X... vive aquí?
— Sí señor, yo soy y podeis decirme lo que se ofrece.
— ¿No sois el padre del hijo de mi hermana?
— Sí señor.
— ¿Entonces porqué no quereis pagar los meses de nodriza?

— Porque no tengo un cuarto.
— Pues hay que buscarlo ó darme una satisfacción inmediatamente.

— Enhorabuena, me es mas fácil batirme que hallar dinero.

El sargento venia prevenido; traia floretes y padrinos. El escritor salió pues al campo del honor, mas al primer pase dijo á su adversario:

— Sargento, el honor está satisfecho ya, pagaré los meses de nodriza.

— ¿Y suministraréis el azúcar y el jabon?
— ¡Oh! no, es demasiado para un pobre como yo.
— Entonces, en guardia, dijo el militar.
Y de nuevo se cruzaron los aceros. Al segundo pase el poeta cansado quiso entrar de nuevo en arreglos.

— Daré el jabon, exclamó.
— ¿Y el azúcar? preguntó el soldado.
— Sois muy exigente... imposible.
— Defendeos pues, ó sois muerto.

Pero viendo la actitud decidida del soldado, el crítico que no queria matar á su futuro hermano político, pues se hallaba dispuesto á casarse en breve con la muchacha, gritó bajando el acero:

— Vamos, tambien daré el azúcar.
Entonces hubo un apretón de manos y la amistad se hizo.

Ahora que he concluido mi anécdota, voy á hacer la descripción del figurin de este número que representa á la vez trajes de máscara y de sociedad de paseo.

El primer traje es el de un hombre de veinticinco á treinta años y es propio para presentarse en el teatro. Compónese de un frac de paño negro que se abotona ancho con cuatro botones. Chaleco de piqué blanco bordado, de chal muy abierto y un poco largo por abajo. Pantalón negro de satín de lana casi ajustado, corto y redondo sobre el zapato. Corbata blanca de batista con puntas bordadas. Cuello postizo á la inglesa.

El segundo traje es mas de fantasía. El frac es de paño bronceado que se abotona y se abre á voluntad. Cuando se lleva abierto es de rigor un chaleco ricamente bordado. El pantalón de punto de fantasía va adornado con bandas á los lados; se lleva con trabillas ó sin ellas.

El tercero es un traje mosquetero, puesto á la moda por M. Alejandro Dumas. Este traje es admirable para un jóven hermoso; la capa es de terciopelo verde y el justillo de terciopelo negro bordado de oro. El calzón es de terciopelo color purpurino, y los puños y el cuello de punto de Venecia. El sombrero lleva unas largas plumas arrólladas con mucha gracia.

En cuanto al niño su traje es muy sencillo; no es nada mas que una pequeña blusa muy corta de merino cachemira azul, forrada de cachemira color de naranja, y ribeteada con un vivo del mismo color. Los delanteros son de chal y descubren el pecho. Las mangas van cortadas á la Rafael, y se llevan sobre otras mangas blancas bordadas por abajo. El corte es ancho y los adornos son de trencilla color de naranja. Pantalón corto, medias de color de carne y zapatitos de terciopelo negro con bordados de color de naranja.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El baile de la embajada francesa en Constantinopla.

De una correspondencia francesa fechada el 7 de febrero en Constantinopla, en que se da cuenta del baile de la embajada de Francia, al que asistió el Sultan, acontecimiento inusitado, contrario á todos los usos y costumbres del país, y por lo tanto interesante y significativo, vamos á extractar algunos pormenores sobre esa espléndida fiesta.

El baile se dió el 4 de febrero, y como ya desde la semana anterior se sabia que el Sultan honoraria la fiesta de M. Thouvenel, la calle Mayor de Pera estaba llena de curiosos desde las seis de la mañana para ver pasar el séquito imperial. Todas las casas francesas estaban iluminadas y los soldados del 84 formaban la carrera. Algunos detalles topográficos sobre la embajada de Francia harán comprender mejor el magnífico golpe de vista que presentaba la entrada del palacio. Se llega á él por una larga avenida entre dos muros elevados, de los cuales uno forma á la izquierda la iglesia de Santa María; esta avenida que tiene una cuesta bastante incómoda, conduce á la verja de un vasto patio-jardín que baja por dobles pendientes y una hermosa escalera de frente hasta el pié del palacio. Los arbustos, los tiestos de flores, las fuentes siempre silenciosas forman un conjunto de decoración bastante grandioso que se une á la izquierda con el jardín que envuelve las construcciones. Abajo de esta pendiente y de la escalera de mármol se encuentra el palacio, cuya fachada ofrece una mezcla bastante singular de arquitectura francesa é italiana. Hay buenos detalles, pero serian para vistos á mayor

distancia y no á una docena de pasos ó de lo alto de las cuestras.

Esta disposicion de los lugares, ese terreno desigual, esas pendientes, esas escaleras, se prestaban maravillosamente á una decoracion pirotécnica, y en efecto se sacó un partido admirable: por todas partes habia globos luminosos, y la clásica candileja dibujaba con una perfecta regularidad las grandes líneas arquitectónicas de la fachada.

En cada escalon, en las pendientes y al rededor de los apartados del jardin habia soldados con el fusil al brazo. Por una atencion delicada del embajador el servicio de la fiesta se dividió entre los soldados otomanos y los franceses, y el lado de honor se dejó á los primeros. La guardia imperial del Sultan con su rico uniforme de gala (chaquetilla toda bordada de oro y pantalon azul) formaba á la derecha de la entrada; la izquierda estaba ocupada por los zapadores-bomberos; las pendientes superiores se hallaban guarnecidas de tropas turcas de línea y de un batallon del 84º; en el vestibulo estaban los marineros del vapor de la embajada *el Ajaccio* y en los corredores y antesalas habia destacamentos de todas

armas: dos zuavos con turbante verde, dos cazadores de Africa, dos coraceros y dos infantes guardaban la puerta del gran salon de baile.

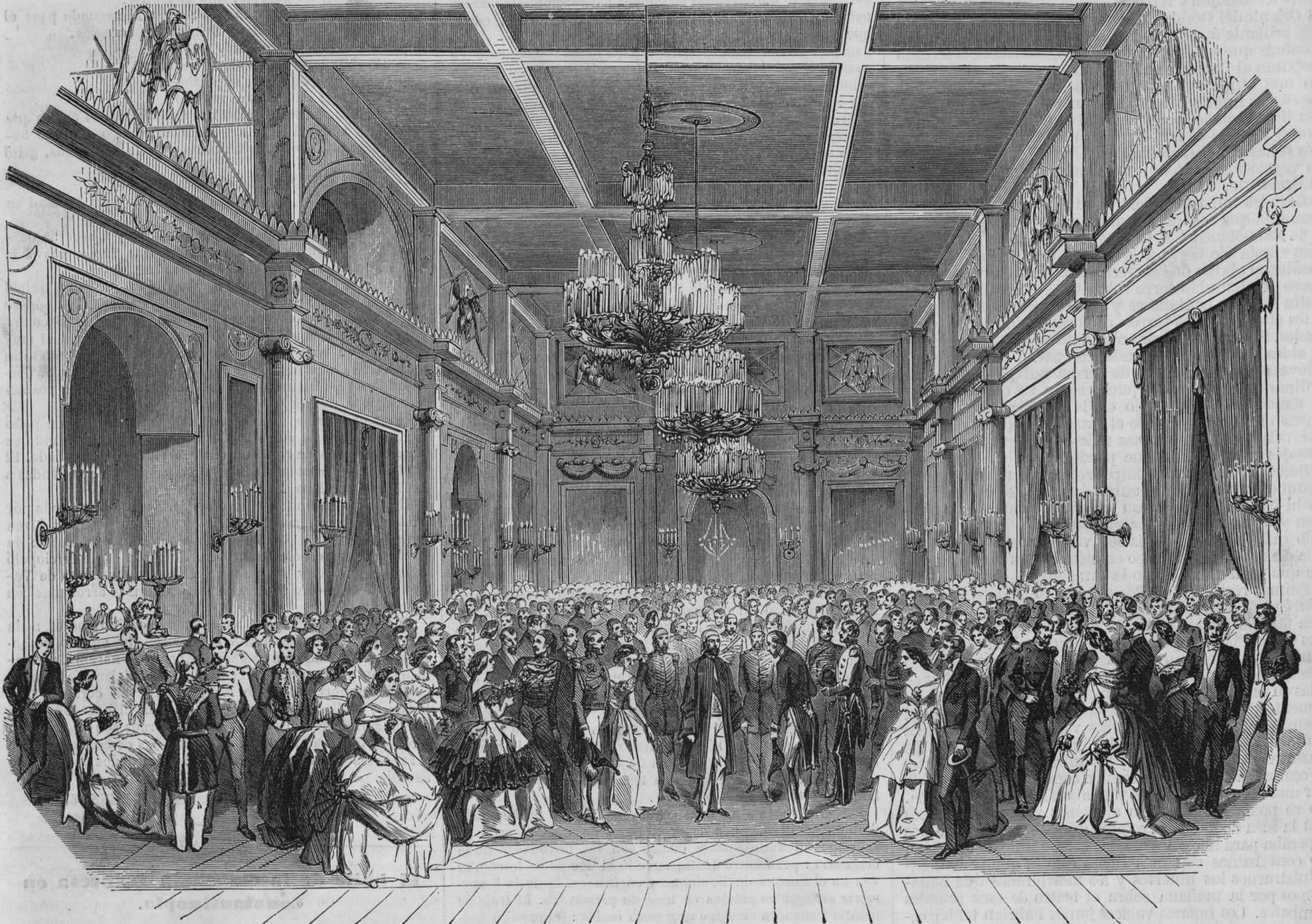
Hé ahí pues, el conjunto de los preparativos exteriores.

Ahora entraremos bajando unos diez escalones en un vestibulo abovedado que nos llevará á los salones. Enfrente de nosotros se abre le galería principal, un salon vasto y magnífico, pintado de un blanco mate con filetes de oro, de un gusto rico y sobrio; á la derecha dos hermosos salones y el comedor de ceremonia; á la izquierda un espléndido salon rojo y oro, y otro que llamamos salon del trono despues que han colocado en él el retrato de Napoleon III; esta línea de aposentos se completa con dos ó tres salas de vuelta que llevan otra vez al vestibulo de entrada. Las chimeneas, las ventanas y las puertas estaban guarnecidas de flores y de arbustos de un efecto precioso.

A las siete y cuarto, cuando se acababa de encender la iluminacion del palacio, un estrépito de caballos y el resplandor de las antorchas llevaron la muchedumbre á la cuesta de Top-Kané cerca del palacio de Inglaterra; era el Sultan que llegaba á caballo con una brillante es-

colta de unos cien hombres, sus ayudantes, los altos oficiales de la córte, caballerizos, etc. Algunos instantes despues, el Sultan entraba en la embajada de Francia saludado por la música militar y los tambores, siendo recibido á la puerta por el embajador acompañado de todo el personal de la embajada. Nadie habia llegado todavia. El Sultan fué introducido en el salon del Trono y se dió aviso de su llegada á dos ó tres casas armenias que daban aquella noche la hospitalidad á los grandes personajes del imperio.

Llegaron sucesivamente el gran visir Aali-bajá, el caimakan del gran visir y presidente del Consejo del Tanzimat, Kubrizli-Mehemmet-bajá, el ministro del Tesoro privado Ali-Ghalib-bajá, el ministro de Negocios extranjeros Rad-bajá, el seraskier, Mehemed-Ruchdi-bajá, el ministro de la Marina Mehemed-Ali-bajá, el ministro de Hacienda Mukhtar-bajá, el ministro del Comercio Mussa-Saffeti-bajá, el ministro de la policia Iz-zet-bajá; y luego los grandes visires Rechid-bajá, Mustafá-bajá, altos funcionarios el príncipe Callimaki, Riza-bey, Nureddin-bey, Cabuli-Effendi y una porcion de empleados de la Puerta de toda graduacion, todos con



Baile dado por la embajada de Francia en Constantinopla.

uniformes sobrecargados de oro. Los grandes personajes eran introducidos cerca de S. M. á cuyo lado pasaron también lord Redcliffe, M. de Prokesch con uniforme de feld-mariscal y otros muchos miembros del cuerpo diplomático.

A las ocho los salones estaban llenos de gente, de brillantes prendidos, de elegantes uniformes de todos los países; las damas estaban cubiertas de diamantes, como es de rigor aquí. Habia en la fiesta una señora israelita con un tocado muy modesto pero resplandeciente de pedrerías. Entre las damas francesas se distinguian la señora del general Bazaine que fué presentada al Sultan, así como madama Darricau, la mujer del comandante superior de la marina en Constantinopla. Las señoras y señoritas del cuerpo diplomático tuvieron la misma honra.

En el Salon rojo S. M. I. hablaba con los embajadores presentes empleando el tono mas afable. Muchas veces el Sultan fué á ver el retrato de cuerpo entero del Emperador de los franceses que acaba de llegar á la embajada.

Por fin á las ocho y media se abrieron las puertas y Kiamyl-bey (el comisario de la Exposicion Universal en

Paris) gran maestre de ceremonias anunció en alta voz: ¡Su Majestad Imperial! La muchedumbre de los convidados abrió paso al cortejo: primero se presentaron los ministros otomanos, luego venian el presidente del Gran Consejo, los antiguos grandes visires y el visir actual, el cuerpo diplomático, lord de Redcliffe y M. de Thouvenel junto al Sultan, y detrás los intérpretes y la comitiva de Su Majestad. La música del 1º de línea colocada en una tribuna alta ejecutaba la *Marcha del Sultan Mahmud*, pieza compuesta por Donizetti, el hermano del autor de *Lucia*, jefe de la música del palacio. Nada mas brillante que aquella entrada; todos aquellos ricos uniformes en medio de una doble línea de hermosas mujeres formaban el mejor efecto. M. de Prokesch inter-nuncio de Austria llevaba el uniforme de feld-mariscal: levita azul y pantalon amaranto; M. de Wildenbruck, ministro de Prusia llevaba uniforme blanco y casco.

El Sultan se adelantó á un estrado cubierto con una alfombra de Persia y sobre el cual se habia preparado un sillón: este es el instante que se ve figurado en el dibujo que aquí damos. Los altos dignatarios formaban como un cerco que conservaba un espacio vacío en el cual se fueron á colocar sucesivamente las señoras ó se-

ñoritas del cuerpo diplomático. El Sultan dió una muestra de cortesía del mejor gusto permaneciendo en pie hasta que por sus órdenes trujeron sillas para las señoras. Entonces se formó una contradanza de bailarinas escogidas. El Sultan veia con gusto esas diversiones desconocidas y hablaba del modo mas afable unas veces con M. de Thouvenel que estaba á su derecha, otras con lord de Redcliffe que estaba á su izquierda, y otras con su primer ayudante Ethem-bajá. Despues se bailó una polka-mazurca y S. M. se retiró al Salon rojo con el cuerpo diplomático y los ministros.

Muchas damas fueron presentadas á S. M. en aquella fiesta.

El Sultan pasó otra hora mas en el palacio y no se retiró hasta las once ménos cuarto en medio de la muchedumbre que se apiñaba respetuosamente á su paso. Su marcha fué saludada por las tropas y por una iluminacion repentina de fuegos de Bengala de un efecto magnífico. La fiesta del palacio de Francia duró hasta las cinco de la mañana y no hay duda que dejará un profundo recuerdo en el país por el brillo particular que la dió la presencia de S. M. el Sultan.

A. B. DE B.